



El

Una ventana abierta sobre el mundo

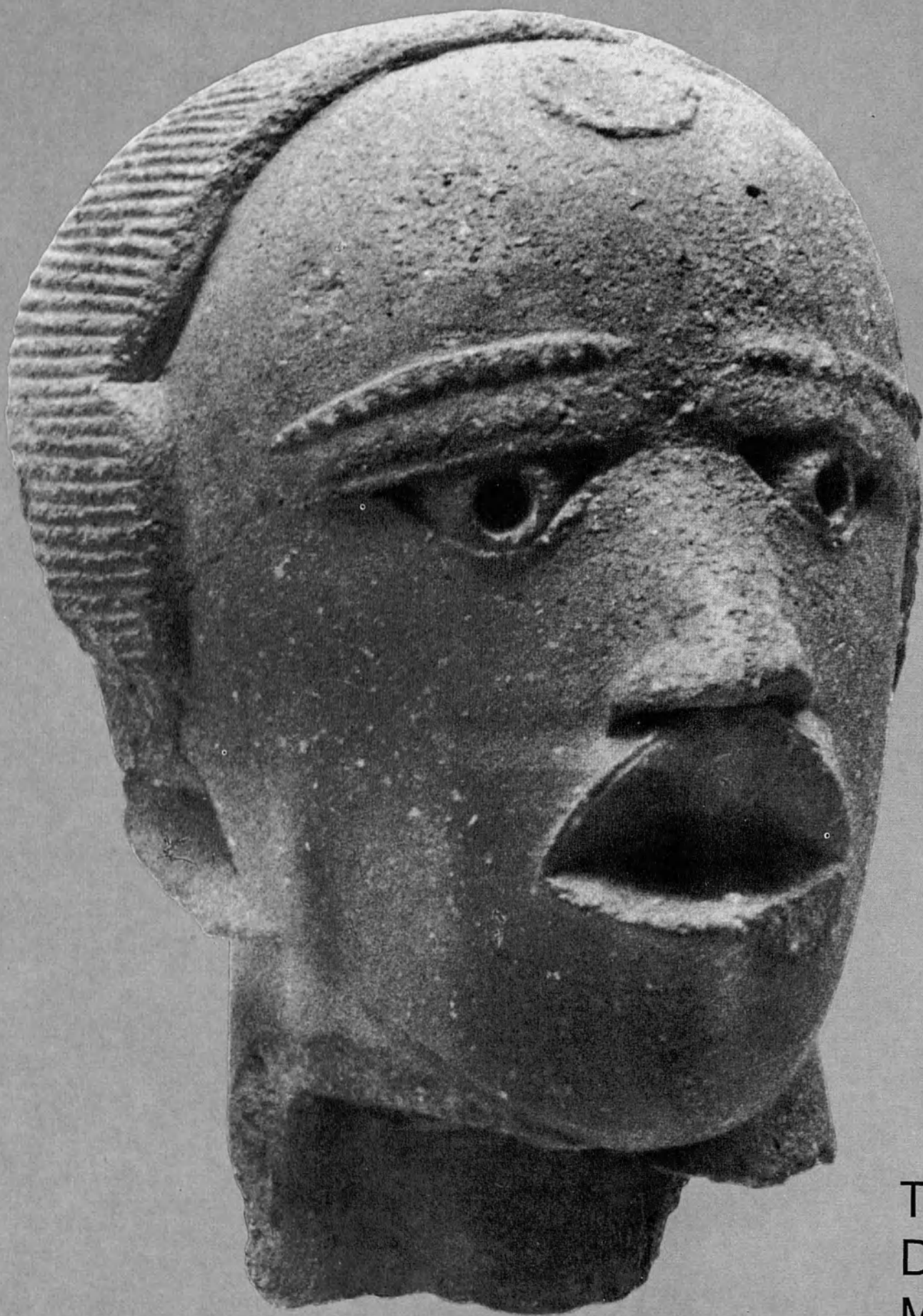
Correo

Junio 1967 (Año XX) - España: 13 pesetas - México: 2,60 pesos



Africa y su genio





TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

17

Una mirada del Africa milenaria

De tamaño un poco menor que el natural, esta cabeza en terracota fue descubierta en una mina de estaño de Nigeria. Hoy se encuentra en el Museo de Jos en ese mismo país. Se cree que la escultura date del siglo V antes de nuestra era. Son numerosos los vestigios (cabezas como ésta, fragmentos de estatuas, etc.) de una gran civilización desaparecida, a la que se conoce con el nombre de "civilización de Nok", de acuerdo con el nombre de una aldea situada a unos 150 kilómetros de Jos.

Foto © Almas

2^a JUN 1967

JUNIO 1967 - AÑO XX

**PUBLICADO EN
9 EDICIONES**

**Española
Inglesa
Francesa
Rusa
Alemana
Arabe
Norteamericana
Japonesa
Italiana**

Publicación mensual de la UNESCO
(Organización de las Naciones Unidas para
la Educación, la Ciencia y la Cultura).

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7^e

Tarifa de suscripción anual : 10 francos.
Bianual: 18 francos. Número suelto: 1 fran-
co; España: 13 pesetas; México: 2,60 pesos.

★

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos y las fotos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, éstas serán facilitadas por la Redacción toda vez que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de los editores de la revista.

★

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7^e

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefe de Redacción
René Caloz

Asistente del Jefe de Redacción
Lucio Attinelli

Redactores Principales
Español: Arturo Despouey
Francés: Jane Albert Hesse
Inglés: Ronald Fenton
Ruso: Victor Goliachkoff
Alemán: Hans Rieben (Berna)
Arabe: Adbel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés: Shin-ichi Hasegawa (Tokio)
Italiano: Maria Remiddi (Roma)

Documentación: Olga Rödel

Composición gráfica
Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.

Páginas

Africa y su genio

- 4 AFRICA, CONTINENTE EN MUTACION
por Gabriel d'Arboussier
- 9 REDESCUBRIMIENTO DE NUESTRA HISTORIA
por K. Onwuka Dike
- 14 ARQUITECTURA DE AYER Y DE HOY
- 16 PROTECCION DEL PATRIMONIO ARTISTICO
por Ekpo Eyo
- 20 MAPA DEL AFRICA ACTUAL
39 banderas en colores
- 23 LITERATURA AFRICANA
por Ezequiel Mfahlele
- 24 ESCRITORES DEL AFRICA TROPICAL
- 29 LOS IDIOMAS DEL CONTINENTE Y LA VIDA MODERNA
por Pathé Diagne
- 33 PREPARANDO A LOS CIENTIFICOS DEL MAÑANA
por N. C. Otieno
- 37 ELEMENTOS DE BIBLIOGRAFIA AFRICANA
- 38 LOS LECTORES NOS ESCRIBEN
- 2 TESOROS DEL ARTE MUNDIAL (17)
Una mirada del Africa milenaria

Foto. © Paul Almasy



Nuestra portada

El altorrelieve arquitectónico de cemento que reproducimos se debe a un escultor de Nigeria —Festus Omo Idehen— que lo hizo para el vestíbulo de un banco de Lagos. Idehen, que cuenta ahora 39 años, es hijo y nieto de artistas de Benin, cuyo palacio fue decorado por su abuelo. Para sus esculturas de cemento utiliza una técnica original en talla directa. Sus obras se han expuesto en Europa y en los Estados Unidos, y algunas de ellas decoran diversos edificios tanto de Nigeria como de Inglaterra.

Nº 6 - 1967 M.C. 67.1.225 E

En el curso de los 16 últimos años han visto la luz en Africa no menos de 35 nuevos Estados independientes (véase el mapa en colores que publicamos en la pág. 20). Semejante transformación del mapa político y económico de un continente en tan corto plazo es indudablemente un fenómeno sin precedentes. «El Correo de la Unesco» dedica este número a varios aspectos de la nueva Africa tropical. Todos los artículos que lo componen son obra de eminentes escritores y especialistas africanos: Gabriel d'Arboussier (Senegal), K. Onkuwa Dike (Nigeria), Ezequiel Mfalele (Africa del Sur), Pathé Diagne (Senegal), N. O. Otieno (Kenya), Ekpo Eyo (Nigeria). Los autores examinan en ellos ciertos problemas de la cultura, la ciencia y la educación que preocupan por su importancia a los hombres del continente africano y hablan de la disposición mental y de los rasgos peculiares de esa Africa inmensa y diversa que por el genio que la caracteriza está llamada a desempeñar un gran papel en el mundo moderno.

AFRICA, CONTINENTE EN MUTACION

por Gabriel d'Arboussier

Hace siete años consagraba «El Correo de la Unesco» al pasado de Africa un número especial y levantaba así el velo que la historia parecía haber corrido sobre las famosas «terrae incognite» de ese continente, tierras que recién en esta década solicitan la atención del mundo. Para entonces hacía ya tiempo que se imponía esa incursión.

Lo que hoy me llama la atención, al comparar el número de octubre de 1959 con este de «El Correo de la Unesco», es la nacionalidad de los autores. La investigación del pasado estuvo entonces a cargo de europeos; pero el presente y el futuro se expresan ahora por boca de africanos.

En el estado actual del mundo, el tema constituye indudablemente uno de los factores importantes del porvenir, y no sólo de esta parte del mundo, sino del mundo en general; nuestro planeta vive actualmente a un ritmo

tal, que la menor vibración de cualquiera de sus rincones se transmite a todos los demás.

Cuando uno se pone a pensar en esa inmensa plataforma constituida por el continente africano, se siente sorprendido ante todo por su enorme diversidad; pero eso no pasa de ser una primera impresión. El otro factor dominante es, por el contrario, la concomitancia de las transformaciones que —de norte a sur y de oeste a este— han lanzado a 300 millones de africanos a un movimiento que, pese a sus rasgos a veces peculiares, no deja de conservar un carácter general.

En su tratado sobre la guerra y la paz entre las naciones, dice Raymond Aron que «todo problema de ciencias sociales debe ser considerado en tres aspectos: 1o. el de ordenación de sus factores, 2o., el de la selección de los problemas que interesan a ese hecho social; 3o., el de la determinación de sus rasgos regulares y de sus accidentes. En ese triple aspecto querría yo presentar ahora este continente del que dice un geógrafo francés, Jacques Weulersse: «Es como un punto gigantesco de interrogación a la grupa del viejo mundo».

La totalidad de nuestro universo hace que ya no se puedan más examinar los problemas planteados en ninguno de sus rincones sin tener en cuenta ciertos hechos internacionales. Cuatro de estos hechos interesan a Africa de una manera primordial. Está primero la influencia de los «dos gran-

des»; está luego el hecho europeo, el que más interesa en conjunto al Africa entera; luego un factor cuya importancia no está clara todavía pero que es uno de los mayores de las décadas venideras: el de la China, con sus 600 millones de habitantes, pasibles de transformarse en mil millones a la vuelta de pocos años, mientras que Africa no tiene más que 300 millones para una superficie de 30 millones de kilómetros cuadrados. El cuarto hecho internacional es la aparición del «tercer mundo» y es un elemento fundamental de la evolución actual de nuestro planeta.

A estos hechos cabe agregar otros que aportan quizá una concepción política nueva, como el gran fenómeno de la descolonización en el mundo, iniciado poco después de terminada la segunda guerra mundial.

Hace todavía pocos años casi toda Africa vivía sometida al régimen colonial. Ahora es un continente formado por Estados independientes empeñados en labrarse un porvenir; hecho que por sí solo basta para transformar las ideas tradicionales sobre las relaciones existentes entre los pueblos.

Tales relaciones pueden establecerse —como ocurriera mayormente en otros tiempos— sobre la base de una rivalidad o, por el contrario, sobre la indispensable cooperación entre los Estados, que es lo que viene ocurriendo ahora. La política de hegemonía que se aplicó en Africa ha dado paso actualmente a una política de coope-



GABRIEL D'ARBOUSSIER, jurista, político y diplomático senegalés, es Director General del Instituto de Formación e Investigación de Naciones Unidas y participó en la redacción de la Constitución de su país. El Dr. d'Arboussier ha presidido la delegación de su país ante las Naciones Unidas y ha sido asimismo delegado permanente del Senegal ante la Unesco. Entre sus numerosos estudios cabe citar *L'Afrique vers l'unité*.

Foto Naciones Unidas



Foto © Paul Almasy, París

LAS PIRAMIDES DE KANO. Al llegar el momento de la cosecha se elevan por toda el África tropical verdaderas montañas de bolsas de maní (aquí se ven las de un depósito de la cooperativa de Kano en Nigeria); Imagen de riqueza, pero también de inestabilidad económica, ya que habiendo dedicado la mayor parte de sus esfuerzos a los cultivos industriales para la exportación, la subsistencia de África depende, en casi un 80%, de lo que sus países importen.

ración, hecho nuevo en la historia y de una importancia capital.

Pero dentro de este contexto general hay rasgos específicamente africanos. Está, en primer lugar, la inmensidad de este continente de 30 millones de kilómetros cuadrados que, en el mapa —y seguramente porque constituye una unidad absoluta— parece menos extenso que las interminables regiones de Europa y su prolongación hacia el Asia. Están también esos 300 millones de habitantes, podría decirse que perdidos en los 30 millones kilómetros cuadrados que forman el continente. De ahí que la densidad de población del África sea, junto con la América

del Sur, una de las más pobres del mundo.

No es sólo esta pobreza la que sorprende, sino también la desigual repartición de las poblaciones; hay 0,4 habitantes por kilómetro cuadrado en las zonas desérticas, mientras que en determinadas zonas de Nigeria, por ejemplo, se encuentran 40, 50, 60 y hasta 70 habitantes por kilómetro cuadrado, fenómeno de innegable importancia para un continente como el que nos ocupa.

A esta desigualdad de orden geográfico ha venido a añadirse otra de orden económico y social. El ya clás-

sico éxodo de los habitantes del campo a la ciudad hace que en países de baja densidad demográfica haya urbes tentaculares. En Estados de reciente creación se ven a veces capitales desmesuradas en relación con el tamaño del país. Creo que en África esto es casi lo general, aunque siga siendo la excepción en Europa. Con frecuencia —y naturalmente guardando las debidas proporciones— se han comparado esas capitales nuestras con Viena, fenómeno de macrocefalia bien particular por cierto. El conjunto de todos estos datos geográficos y demográficos hace que uno se pregunte si hay verdaderamente un

SIGUE A LA VUELTA

Necesidad de la cooperación interafricana

Africa, o si son varias las que existen.

Africa, en efecto, tiene zonas geográficas de enorme diversidad. Las diferencias entre los países de la costa mediterránea y los de la costa guineana (término con que nos referimos al golfo y no al país de ese nombre) son enormes, como lo son las existentes entre los países de la sabana aun en un conjunto como el del Africa occidental, habitualmente considerado como un todo homogéneo. Hay también diferencias enormes entre el norte de Níger y el sur de Nigeria, entre el djerma, el somono del Níger y el ibo de Nigeria, el malinké y el fan o el achanti. Diferencias también entre el peúl pastor y el sarakole, entre el batutsi del Congo y los hombres de la selva del Gabón, pese a lo cerca que están unos de otros.

Pueden verse así perfilar Africas muy diferentes, tanto en las zonas geográficas como en las poblaciones y civilizaciones que las caracterizan. Hay diferencias de civilización entre los hombres del Sahel, los del Sahara, y aun entre los hombres del norte, más explícitamente entre los habitantes de la sabana y los de la selva. Pero estas diferencias reales no deben hacernos dejar de lado la gran unidad, o si se quiere, los grandes factores de unidad que es posible encontrar en este inmenso continente.

En primer lugar, y volviendo al aspecto económico y sociológico, hay que considerar el hecho incontestable de este inmenso continente subdesarrollado, cualidad de la que evidentemente no cabe envanecerse porque sí. Hay que buscar honestamente los puntos de identificación, de unificación; y en este sentido trato de encontrar varias ideas generales que permitan el acercamiento y faciliten la opinión que uno pueda formarse al respecto.

Hay un segundo factor. El territorio subdesarrollado de Africa ha sido durante mucho tiempo una colonia, y sus colectividades acaban de acceder recientemente a una vida moderna en forma de Estados.

Podría decirse que —con excepción de Etiopía, uno de los más viejos Estados del mundo, y algunos embriones de vida independiente que habían podido subsistir en el norte de Africa— casi todas las soberanías actuales son nuevas, y casi todos los Estados están haciendo su aprendizaje de tales. En este sentido, toda vez que se refiere uno al continente, este es un factor que permite la generalización.

Hay, por último, un punto que me parece muy importante. Este inmenso territorio, que sólo desde sus costas pudo establecer contacto con el exterior, desarrolló mientras tanto civilizaciones internas basadas en esa forma

de vida comunitaria que, en conjunto, es la característica más importante de su estructura social.

Vemos así que civilizaciones que a simple vista parecen distantes unas de otras —por sus diferencias geográficas o climáticas o su pasado histórico— están en realidad muy cerca entre sí por ese aspecto comunitario de su modo de vida.

Cuando uno habla con un campesino del Senegal, de Ubangui, del Chad o del Congo, cuando lo ve vivir y ve cómo están organizados en su tierra los grupos por edad, y cómo es el régimen de propiedad de la tierra o cómo se distribuyen las ganancias de lo producido colectivamente, encuentra por doquier la misma base comunitaria que sustenta la vida cultural —uno de los grandes factores de unidad de este inmenso continente. El aspecto cultural es quizá uno de los más importantes de la vida en Africa, y por eso conviene que nos detengamos un poco en él.

De estas civilizaciones agrarias, de estas estructuras sociales tan diferentes unas de otras, ha surgido un concepto de la vida, del porvenir del hombre y de su relación con las fuerzas cósmicas, que constituye una de las características esenciales de la idea que el hombre africano en general tiene de la cultura, pese a las sorprendentes diferencias epidérmicas existentes entre el bereber, el moro, el peúl, el sara o el malinké. Porque lo cierto es que todos conservan las nociones que animaban a sus antepasados.

Esta es una cuestión de fondo para toda el Africa. En el plano religioso se traduce por ese concepto del animismo que se encuentra tanto al este como al oeste y tanto al norte como al sur, por lo menos en los países situados debajo de la línea del Sahara. En los sitios no penetrados todavía ni por la religión islámica ni por la cristiana encontramos un conjunto de creencias religiosas vinculadas a este concepto animista, del que salen todas como ramas de un mismo tronco.

Tales son, a grandes rasgos, las características fundamentales que nos permiten formarnos una idea más precisa de este continente, cuya rica variedad de formas de vida, así como las concepciones extraordinariamente diferentes de la organización social reinantes en uno u otro rincón, no impiden que haya factores básicos comunes capaces de determinar una suerte también común a los países que lo forman.

Ante semejante visión de Africa ¿cómo hacer esa selección de problemas que constituye una preocupación primordial tanto de sus pueblos como de sus dirigentes? Los problemas deben situarse, creo, en los órdenes político, económico, social y cultural,

selección que, por lo demás, se ajusta a las ideas que prevalecen actualmente en todos esos jóvenes Estados.

Domina entre esas ideas la de lograr, en primer lugar, una cohesión nacional, preocupación lógica en Estados constituidos, en su mayor parte, por territorios que no eran nacionales ni tampoco habían sido naciones; y esta es otra diferencia fundamental entre Africa y Europa.

Mientras que en esta última el Estado ha surgido a veces de una cohesión que un conjunto de poblaciones había podido establecer entre sí y que luego quiso transponer al plano de las relaciones con el exterior, aquí se da el fenómeno exactamente inverso.

En Africa tenemos Estados que se han constituido sin base nacional y Estados que se esfuerzan por lograr esa cohesión nacional en el momento mismo en que en el mundo entero el problema de la soberanía de cada nación se enfrenta con la tendencia a constituir grandes conjuntos económicos, conjuntos necesarios por la nueva división internacional del trabajo, por la extensión de los mercados, por todas esas funciones nuevas, en fin, que la economía obliga a un Estado a llenar.

La segunda consideración en juego es que estos Estados que quieren constituirse en naciones se encuentran frente a la necesidad absoluta de una cooperación interafricana. Las leyes económicas modernas, las necesidades del desarrollo económico, no les permiten alcanzar sus objetivos en el marco estrecho de un solo país; de esto no han tardado mucho en darse cuenta, como también de que están en la obligación de entenderse entre sí y de marchar hacia una cooperación intercontinental.

La tercera consideración tiene que ver con ese «desarrollo económico» del que tanto se habla por todas partes; noción nueva en apariencia, pero que en el fondo quizá no lo sea tanto. Son muchas las veces en que se confunde crecimiento económico con desarrollo económico; pero creo que, cuando por un prurito etimológico la gente se pone a hablar de países «desarrollados» y países «en vías de desarrollo», hay que decir que, cualquiera sea su nivel de industrialización y adelanto técnico, todos los países del mundo están siempre en vías de desarrollo; porque ¿cuál es el que no quiere mejorar? Los Estados más grandes, los mayores conjuntos económicos, se constituyen hoy precisamente por ese afán de lograr un desarrollo económico más importante todavía que el que se tiene.

Pero Africa ha nacido a la vida moderna en el momento en que preci-



Foto © Paul Almasy

En el estudio de televisión de Abidjan (Costa de Marfil) un técnico dispone la iluminación de un programa. Hasta hace cinco años no había en toda África más que seis cadenas de televisión; hoy son ya 20 los países que cuentan con sus propias cadenas nacionales.

samente este problema y esta noción del desarrollo económico se han erigido en teoría. Todos sus Estados han esgrimido inmediatamente esta noción de desarrollo económico como el *leitmotiv* de todas las reivindicaciones nacionales. Después de haber reivindicado la independencia, se hace lo propio con el desarrollo económico; después de haber reivindicado el derecho a hablar con los demás en un plano de igualdad, se reclama hoy el de vivir como ellos, de tener sus mismos medios de desarrollo social, económico y cultural; y este problema del desarrollo económico es evidentemente uno de los más importantes que preocupan actualmente a los países de África.

La meta del desarrollo económico hace, por tanto, que todos los Estados africanos hayan caído en la cuenta de lo necesaria que resulta la cooperación internacional en el mundo y lo mucho que les hace falta entenderse, reagruparse, establecer una colaboración interafricana. También han comprendido que su expan-

sión económica no podrá llevarse a cabo si no mantienen relaciones con el exterior.

Después de un primer movimiento de repliegue sobre sí mismos en que se manifestó cierta voluntad de romper todo lo que fuera relaciones con el extranjero, es posible que ahora arrastre a los países africanos otro movimiento en sentido contrario, con lo que se corre el riesgo de sacrificar ese afán constante del hombre, tan bien expresado por el proverbio que dice: «Ayúdate, que Dios te ayudará».

Es muy posible que el desarrollo de África dependa de sus relaciones internacionales, pero lo seguro es que en primer lugar ha de deberse al trabajo de sus hijos y al espíritu de economía de éstos. No hay por qué sacrificar, pues, esa necesidad de trabajo que es la base fundamental de todo desarrollo. Los países hoy industrial y técnicamente avanzados han pasado siglos de sufrimiento, de paciencia y de tremendo esfuerzo para llegar adonde están.

Pero creo que conviene hacer ahora

ciertas precisiones sobre estos problemas generales. En el plano político, el que se plantea a los Estados africanos hoy es el de su independencia y el de la necesidad de una cooperación internacional. Es necesario que se den cuenta de que el aislamiento está lejos de ser el mejor medio de garantizar su independencia, independencia que, por lo demás, no puede ser privilegio de ciertos dirigentes, ciertas familias o ciertas categorías sociales, sino del conjunto de la población.

La población en general tiene que ser, por consiguiente, el norte absoluto de todo dirigente consciente de sus responsabilidades. La independencia de un país se ejerce hoy en un clima de interdependencia mundial del que hay que tener la más clara conciencia.

Y así llegamos al punto en que se hace necesario clasificar estos problemas en dos órdenes principales: el de la organización interna de los países africanos y el de la organización de sus relaciones con el exterior.

En el plano de la organización interna —donde se registra otro factor de unidad— cabe destacar la falta de conflictos como los que conocieron en otros tiempos los países europeos entre la ley escrita y la no escrita, entre la existencia de una constitución nacional y la falta de la misma. El movimiento que lleva a todos los Estados africanos hacia esa primera realización de una constitución escrita gracias a la cual pueda procederse a la organización de poderes dentro de un país parece ser un movimiento general.

¿A qué obedece esa preocupación por tener una constitución escrita, reacción ciertamente contraria a la costumbre? En Europa la ley, por su forma, parecía ser lo que más se oponía a la necesaria evolución social, mientras que la costumbre favorecía esta evolución. Se argüirá que el inconveniente está en lo vivo que resulta a veces el afán de evolución, y los muchos cambios de constitución que así inspira, sin embargo, no conviene exagerar demasiado.

El segundo problema es de la política exterior. Recién adquirida su independencia, los países de África se han visto tentados por la neutralidad y el neutralismo hasta tal punto que se ha llegado a acuñar expresiones nuevas, como neutralismo «negativo»

CONTINENTE EN MUTACION (cont.)

y neutralismo «positivo». Con ello se traducía el deseo de no comprometerse con ninguno de los grandes bandos del mundo actual, extendiéndose a todos la misma reprobación por estimarse que no había obligación alguna de elegir.

Hoy se está rectificando en cierto modo esa actitud. Poco a poco, el neutralismo pierde terreno. Africa se da cuenta de que su destino está ligado al mundo en general, y que la existencia en ese mundo de un enorme islote africano aislado es un imposible. En sus relaciones exteriores este continente desearía dejar de ser escenario para las rivalidades entre las grandes potencias y constituir en cambio un centro de emulación de esa cooperación internacional tan necesaria en el mundo contemporáneo.

Por lo que a recursos económicos se refiere, querría señalar simplemente que Africa está procediendo en estos momentos al inventario de los mismos. Se trata de saber si, por sus

propios medios, puede llegar precisamente a poner en marcha su economía tradicional en forma que le permita entrar en una economía de tipo moderno o si, por el contrario, le es necesario, para entrar en la fase inicial del proceso, contar con la ayuda exterior.

Al parecer, Africa se está dando cuenta de que necesita de ambas cosas; en primer lugar del trabajo intenso de sus hijos, sobre todo un trabajo de reflexión sobre la economía africana y sobre la manera de lograr que el desarrollo no dependa completamente de las corrientes exteriores o del comercio exterior, como ha venido ocurriendo hasta ahora.

Una de las características de Africa es que su renta nacional visible y cifrable está constituida en gran parte por ingresos del exterior. Mientras las estadísticas no lleguen a determinar con precisión otras corrientes interiores, no hay país de Africa en que no se registre este fenómeno de que la masa principal de sus ingresos proviene de la exportación.

Una de las características de Africa estado de cosas —consecuencia sumamente peligrosa para Africa— es que su subsistencia depende también en gran parte del exterior, por estar el esfuerzo nacional dedicado en su mayor parte a la producción de artículos de exportación. La producción de alimentos se ha sacrificado a esta vieja norma comercial, y así un continente que podría casi bastarse a sí mismo depende, en 80 % de su subsistencia, de las importaciones.

El Senegal, por ejemplo, podría producir arroz y mijo (como lo hizo en otros tiempos) pero en cambio importa al mes decenas de millones de toneladas de arroz procedente de Birmania, de Siam, de Camboya o de la República del Vietnam, mientras se ve obligado a vender al exterior su aceite de maní, que la población consume en proporción muy débil. Esta inversión de corrientes debe ayudarnos a constituir economías internas, mercados interiores que serán precisamente el apoyo de nuestro comercio exterior y el mejor medio de atraer las inversiones de capital.

Las declaraciones políticas y las garantías legales que se ofrezcan al capital extranjero están muy bien, pero la mejor garantía que pueda darse en este sentido es la de la rentabilidad cierta y duradera. Y esto es precisamente lo que los hechos demuestran.

Actualmente, por otra parte, se registra en Africa una profunda transformación de las estructuras sociales. Las formas de vida tradicionales sufren las transformaciones impuestas, por ejemplo, por la economía moderna, por las ideas nuevas y por las técnicas de la información, todo lo cual responde a una necesidad de acercarse al exterior imitándolo.

En el plano de las estructuras sociales, los dos problemas más impor-

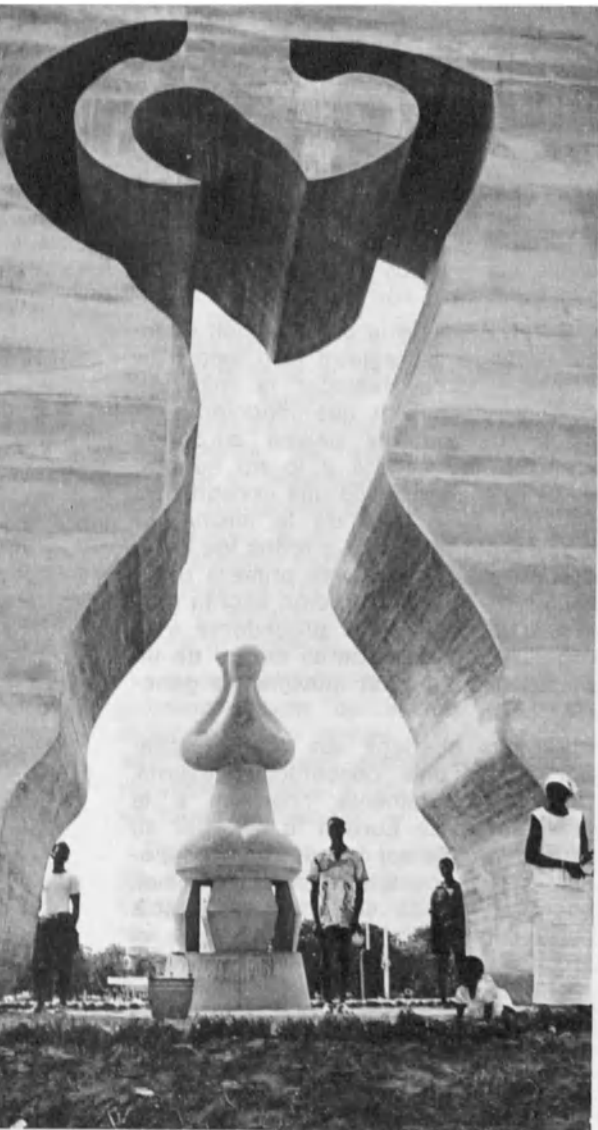


Foto © Hoa-Qui, Paris

8 El Imponente monumento que se levanta en Lomé, capital del Togo, perpetúa el recuerdo de la independencia del país, que accedió a ella el 27 de abril de 1960.

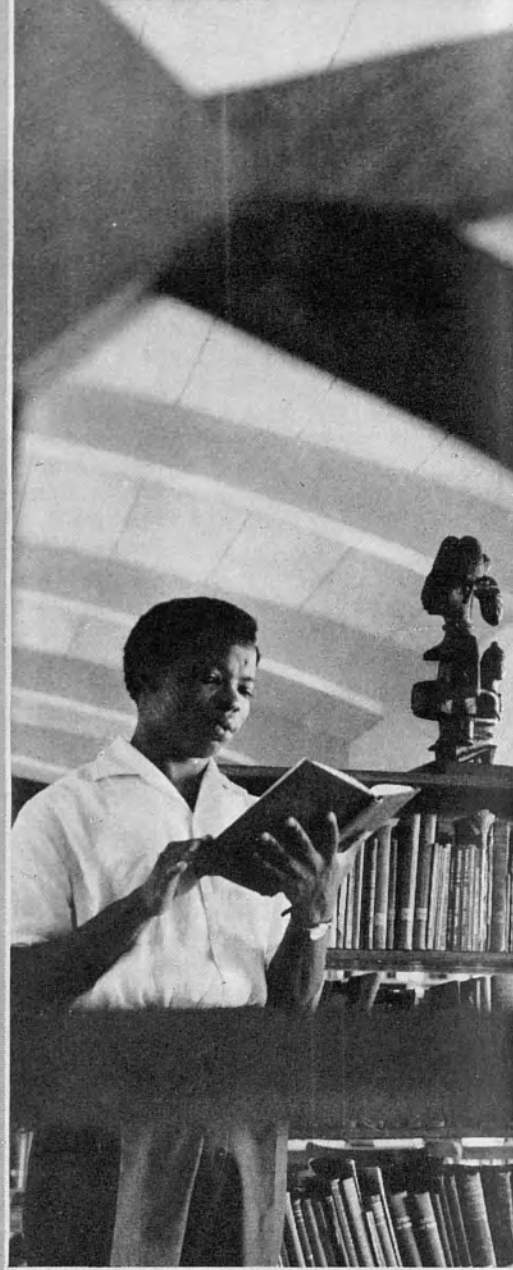


Foto © Paul Almasy

En la preparación de la Historia General de Africa toman parte muchas instituciones científicas y universitarias, y especialmente la red de centros permanentes creados previamente al efecto, con ayuda de la Unesco, en una decena de países africanos. Es importante la grabación y análisis de las tradiciones orales, ya que la generación que las mantiene será la última que pueda ayudar de verdad a los historiadores. Arriba véase la Biblioteca de la Universidad de Ibadán, en Nigeria.



Foto © «Abbia», Yaundé

KENNETH ONWUKA DIKE, historiador de Nigeria y ex-rector de la Universidad de Ibadán, tiene a su cargo la parte científica de la Historia General de Africa proyectada por la Unesco. El señor Dike preside el Congreso Internacional de Africanistas, que en 1962, y bajo el patrocinio de la Unesco, se reunió por primera vez en Accra, la capital de Ghana. A su pluma se deben numerosas obras, entre ellas Trade and Politics in the Niger Delta, 1830-1885, publicada en Londres por la Oxford University Press, y Origins of the Niger Mission, publicada igualmente en inglés, por la Imprenta de la Universidad de Ibadán.



Desde hace dos años se ha iniciado, con la preparación de los elementos necesarios a la redacción de una Historia General de Africa, una empresa internacional de singulares proporciones. Concebido y patrocinado por la Unesco —que le dedicará medio millón de dólares— este proyecto se realiza con la colaboración de numerosas instituciones científicas internacionales y muy especialmente del Congreso Internacional de Africanistas en cuyo primer período de sesiones, llevado a cabo en Accra y en 1962, se reunieron más de 500 especialistas de 52 países.

La Historia General de Africa está destinada a llenar en gran medida un vacío grave dentro del conocimiento de la humanidad. Su edición en diversos volúmenes, cuya aparición se prevé para 1975, ha de constituir, gracias al esfuerzo conjunto de historiadores, arqueólogos, lingüistas y etnólogos, una obra fundamental de referencia sobre el pasado de todo el continente. Con destino al público en general se tiene también la intención de publicar una condensación de la Historia, estudio sin precedentes que ha de responder a una necesidad sentida cada vez más vivamente no sólo por los africanos (que quieren conocer sus orígenes y su verdadera historia) sino también por los pueblos de los otros continentes. La obra no se limitará a describir acontecimientos y a hablar de instituciones políticas, sino que extenderá su alcance al estudio de fenómenos tales como el intercambio que la circulación de caravanas permitió efectuar a los pueblos africanos, la difusión de sus técnicas, las migraciones de esos pueblos, los contactos entre las diversas formas de vida social y cultural, etc.

Al eliminar prejuicios e ideas falsas o fragmentarias y presentar la documentación ya existente —así como los resultados de las investigaciones actualmente en curso— a la luz de un estricto rigor científico, esta empresa ha de cobrar excepcional importancia para el conocimiento de todo un continente y para el movimiento de comprensión internacional. K. Onwuka Dike, autor del artículo que publicamos a continuación, es director científico del proyecto de Historia General de Africa.

Redescubrimiento de nuestra historia

por **K. Onwuka Dike**

Hay algo de irónico en el hecho de que, aunque muchos documentos sobre la historia de varias partes del continente africano sean anteriores a la era cristiana, la Historia de Africa como materia, como disciplina académica —y muy especialmente en lo que se refiere a los países del sur del Sahara— sea en su mayor parte algo que data de la última posguerra. Sobre el Africa mediterránea, claro está, hay abundantes escritos que datan de la época de los cartagineses, los romanos y los bizantinos; los hay también sobre Etiopía desde que introdujera allí el cristianismo en el siglo IV de nuestra era; los hay, desde el siglo XI, sobre el Africa situada al norte de la selva tropical, y desde el siglo XV sobre la costa occidental

del continente; por último, desde los comienzos del siglo XIX abundan, en las descripciones y relatos de los geógrafos, exploradores, misioneros y administradores coloniales, las fuentes de información sobre una parte más extensa del continente.

No queremos decir con esto que antes de la segunda guerra mundial los eruditos no prestaran atención alguna al Africa. El interés académico por la civilización egipcia y por la del norte de Africa es de vieja data, pero siempre se consideró la historia de esta última región principalmente como parte de la historia de Asia, y casi nunca se estudió y sopesó la serie de vínculos importantes existentes entre ese norte de Africa y la parte del continente situada al sur del Sahara.

Es innegable que tanto ciertos particulares como ciertas instituciones tenían nociones serias de los idiomas hablados en la parte sur de Africa, así como de la etnografía correspondiente; pero ninguna de esas instituciones o personas se preocupó primordialmente de la parte histórica, que hasta hace poco tiempo siguió quedando más allá de los horizontes intelectuales de las Universidades. Tampoco se advierte en los importantes escritos que administradores y antropólogos sociales produjeron entre las dos guerras mundiales una preocupación por comprender el estilo vital del africano o por adentrarse desde un punto de vista histórico en las raíces de su descontento y sus motines de protesta.

SIGUE A LA VUELTA

Hay inmensos archivos inexplorados

Aunque en el siglo pasado hubo exploradores rusos que, como Eduard Ivanovich Eykhal'd y A. V. Yeliseyew, contribuyeron a que se conociera geográficamente el África situada al norte del Sahara, los estudios sobre el continente no comenzaron a ser objeto de atención seria en la Unión Soviética hasta después de 1952. Y hasta 1956 ninguna de las mil ochocientas setenta y siete instituciones y asociaciones históricas de los Estados Unidos de América y del Canadá se preocupaba por estudiar ni siquiera remotamente alguna parte o aspecto del África.

Hace pocos años las autoridades de la Universidad de Londres se mostraron muy escépticas al discutirse la introducción de un curso de doctorado sobre historia africana, y no se creó la cátedra correspondiente hasta 1963. En el mundo académico de hoy quizá no sea el profesor de Oxford Trevor Roper el único que piensa que la historia de África no es otra cosa que «la serie monótona de vueltas que las tribus bárbaras dan en sus bailes en rincones sin duda pintorescos pero poco importantes de nuestro planeta».

La gran mayoría de los trescientos millones de habitantes de este continente descienden de los que vivieron en él por espacio de miles de años. La historia de estos pueblos y de las vastas tierras que habitaron representa una parte considerable de la historia de la sociedad humana. Los actos y hechos de los africanos no sólo han configurado el curso de la historia humana en su propio continente, sino que también han constituido un aporte al desarrollo de las civilizaciones del Nuevo Mundo, de Europa y Asia.

Puede decirse que el estudio científico de la historia de África, en el sentido moderno de la expresión, comenzó con la obra de Abderramán Ben Chaldún, el famoso historiador tunecino del siglo XIV. Chaldún destacó la importancia que la sociología tiene para la historia y describió el pasado observando antes que nada la acción recíproca del Estado y la sociedad, al mismo tiempo que analizaba el desarrollo de diversos elementos de ésta. Desgraciadamente, hasta hace poco su obra ha tenido una influencia mínima en el estudio de la historia. Al mundo medieval ésta le preocupó poco; prefirió a ella la teología, el derecho y la retórica. Pero desde el siglo XVIII es innegable que Europa ha prestado gran atención al estudio de la historia. La abundancia de documentos de que se disponía hizo sin embargo que sus eruditos adoptaran, no el método sociológico de Ben Chaldún, sino el método jurídico y el biográfico, preocupándose principalmente de los decretos, guerras y política de los reyes.

Al empezar a ampliarse este método

en el siglo XIX para volver a tomar en cuenta los factores sociales y los económicos, los documentos se habían convertido en algo de tal importancia para el estudioso y el especialista en historia que éste tendía a tomarlos por la historia misma. La ausencia de documentos empezó a parecerle ausencia de historia o ausencia de hechos dignos de un estudio histórico.

Tal concepto floreció en África bajo los regímenes coloniales que la dominaron, reforzando la propaganda de sus dirigentes en el sentido de que África no tenía historia digna de escribirse, y que la ya escrita por las potencias europeas era la suma total de la historia del continente. Está demás decir lo mucho que este concepto perjudicó el desarrollo de la historiografía africana, ya que fuera de toda duda falta material documental en ese sentido, y mientras se educara a los historiadores africanos según la tradición que considera la prueba documental como el instrumento único del análisis histórico, aquéllos trabajaban con limitaciones que hacían particularmente difícil su tarea. Así, esos historiadores produjeron sólo lo que podría calificarse de crónicas o, cuando se dejaban arrastrar por la fantasía, notas polémicas en vez de históricas.

Felizmente en los últimos años la cosa ha mejorado al demostrarse la falsa que era la identificación de la historia con la abundancia de testimonios escritos. No hay necesidad de machacar ya la idea de que África tiene una historia digna de estudio en todos los niveles de la disciplina intelectual. Lo que es más; ya se reconoce en todas partes que la historia de África debe ser la historia de los pueblos africanos mismos y que los actos de éstos —no los de sus invasores— deben constituir el centro de interés de la misma. En cada obra nueva o en cada nueva edición de trabajos anteriores se nota la forma en que este punto de vista se ha ido abriendo paso.

Pero todo lo recogido hasta ahora es no sólo poco sino que constituye en su mayor parte el testimonio de extranjeros, escrito en idiomas europeos o en árabe. El grueso de este material existe en los archivos metropolitanos de las ex-potencias coloniales y nos habla mucho más de los actos e intenciones del invasor que de los actos e intenciones de los africanos mismos.

Por constituir estos documentos foráneos la principal fuente de información de que se dispone, la redacción de la historia de África sigue sufriendo de inhibiciones. Mitos ya pasados de moda, mitos que se han hecho insostenibles por lo demás, siguen dominando la interpretación del pasado africano. Basta con dar un par de ejemplos al respecto.

Tenemos, en primer lugar, la hipótesis camítica, la desacreditada teoría

UN ESTADO



Foto © Paul Almasy

de que los negros no han efectuado contribución alguna al progreso humano y que «las civilizaciones de África son las civilizaciones de los camitas». Tal teoría, basada principalmente en contadas fuentes árabes y en una dudosa interpretación de algunas leyendas cuyo origen se encuentra en la misma África, se sigue escuchando pese a la crítica de los expertos como Greenberg y pese a la clara prueba en contrario que constituyen los aportes del negro a la civilización empezando por una serie de obras de arte plástico que hoy figuran entre las mejor conocidas del mundo.

En segundo lugar está el intento de proceder a una interpretación seudo-económica de la historia africana, interpretación según la cual todos los movimientos políticos y sociales registrados en África desde el siglo XVI hasta el siglo XIX tienen como único motivo la trata de esclavos. Es, si se quiere, otra teoría camítica; la de que nada ocurrió en el centro de África durante esos siglos que no tuviera que ver con el comercio europeo a lo largo de las costas del continente.

El ir más allá de esos mitos y el atacar seriamente la redacción de la historia de África pese a la escasez y al carácter de los documentos escritos con que se cuenta es el problema con que tiene que enfrentarse el historiógrafo africano de nuestra días.

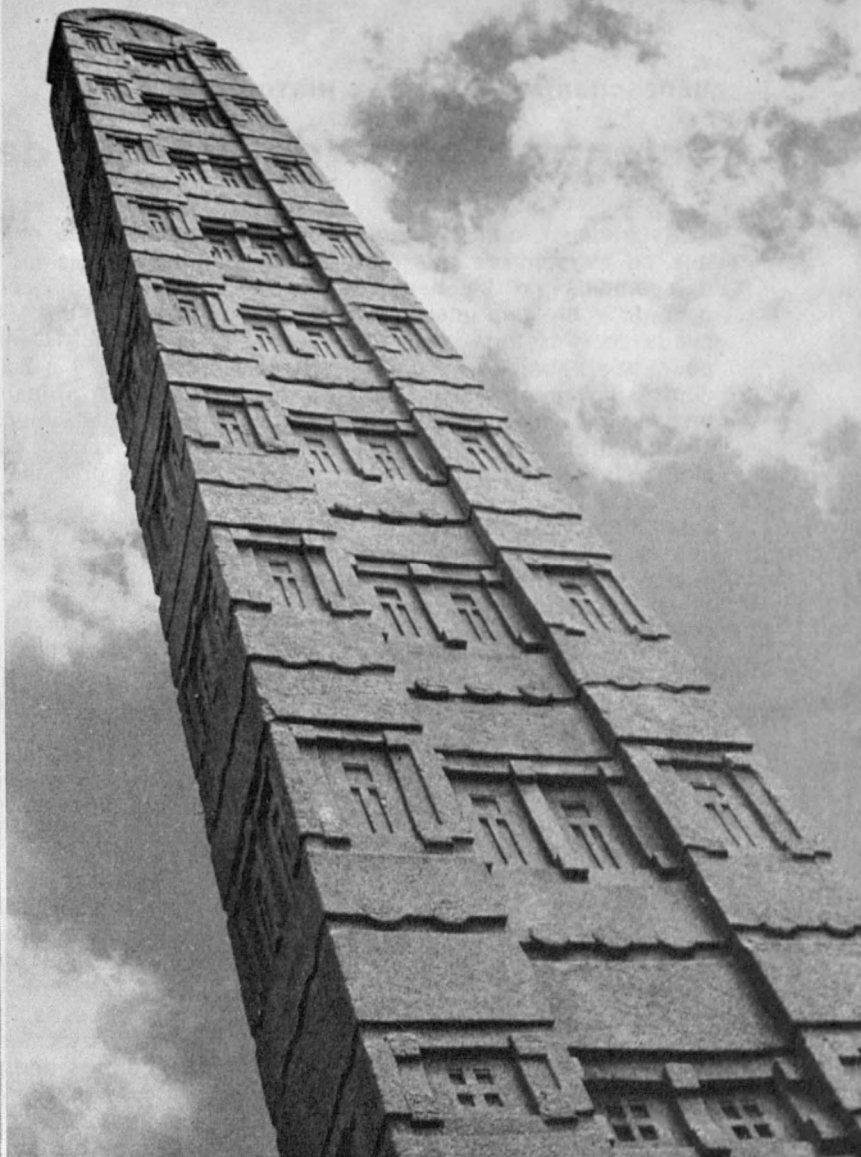
Lo primero que se me ocurre para

MILENARIO : ETIOPIA



Se sabe que varios miles de años antes de nuestra era existía ya una civilización etíope protohistórica. Los primeros viajeros egipcios, al entrar en Etiopía hace dos mil años, descubrieron allí no sólo ciudades muy activas sino también instituciones sólidas. La mejor conservada de las estelas monolíticas de Axum (derecha) levanta su enorme masa de piedra, de 24 metros de alto, por sobre las tumbas de los reyes, como testimonio de la prosperidad y de los adelantos técnicos del reino axumita, reino que, fundado hace más de 2.000 años, dejó una huella profunda en la historia de Etiopía. Entre los temas de la tradición y de la leyenda que han inspirado hasta el día de hoy a los imagineros populares etíopes, uno de los más célebres es la historia de Salomón, de la reina de Sabá y de su hijo Menelik I, primer emperador del país. La corte de este soberano aparece representada en la pintura de la izquierda.

Foto © Holmes-Lebel, Camera Press - A. Howarth



ayudarlo en la empresa es acumular en diversos centros de África todos los documentos existentes que se conozcan hasta la fecha. En otros tiempos el estudio de la historia de África se vio detenido por la extraordinaria dispersión del material correspondiente en los cuatro rincones del globo, material entre el que figuran importantes obras africanas que los gobernantes coloniales o los viajeros se llevaron al irse.

La centralización en África de todo este material evitará a los estudiosos el esfuerzo y el gasto que supone el hacer tanto viaje innecesario de un extremo del mundo al otro en busca de los documentos que necesitan. Afortunadamente, se vive en la era de la micropelícula y la copia fotostática, gracias a las cuales será fácil seguir mis indicaciones.

La reunión de todo este material fundamental no significa solamente, desde luego, que se recuperen los documentos conservados actualmente en el extranjero; también entraña la recuperación y organización del material existente en África y que se ha dejado de lado o no se ha clasificado como debía, obra importantísima para el fin a perseguirse. La tarea es de una vastedad alarmante. Sólo por lo que respecta a los documentos escritos empieza recién a apreciarse su verdadera magnitud.

Y sólo se ahora se empiezan a dar cuenta los interesados, por ejemplo, de que los testimonios de los gobernadores coloniales, misioneros y comerciantes, escritos todo en lenguas europeas, no son las únicas fuentes de este tipo existentes fuera de las costas del norte de África. Recién se ha empezado a tomar en cuenta el hecho de que muchos de los pueblos que vivían al sur del Sahara han usado durante varios siglos el árabe como idioma oficial y literario en que efectuar muchas clases de correspondencia.

Hace muy poco hemos sabido también que el swahili y el hausa (para no citar sino dos idiomas africanos) se han servido de la escritura árabe para dejar anotadas muchas cosas, con lo que pueden muy bien haber suministrado otra fuente hasta ahora insospechada de documentación para los historiadores. ¿Y cuántos de nosotros conocemos todo el uso de los idiomas europeos que jefes como el de los efikes —Antera Duke— hicieron ya en el siglo XVIII para sostener su correspondencia privada? Los papeles que guarden muchas familias africanas constituyen asimismo una fuente potencial de material histórico que hasta ahora apenas si se ha empezado a investigar.

Pero estos papeles y documentos guardados por particulares lo están en condiciones aun peores que los que

uno puede encontrar en dependencias de gobierno, y su conservación a largo plazo dependerá sin duda de que se los deposite pronto en archivos debidamente acondicionados. Habrá que convencer a los poseedores de esos documentos que permitan conservarlos a las Instituciones oficiales o centros de cultura.

Me consta que también se sufre de una falta general de atención hacia el problema de los archivos árabes, tanto públicos como privados. En el norte de Nigeria recuperamos documentos que datan del siglo XVII en adelante, pero también conviene hacer constar que lo mismo ocurre con un importante material existente en manos de particulares en zonas que por lo común no asocia uno con la documentación en árabe, como es el sur de la tierra de los yorubas.

Pero la acumulación de material escrito es sólo una pequeña parte de la tarea que nos espera; la parte más fácil de abarcar si se está dispuesto a hacer el esfuerzo necesario. Antes de llegar a acercarnos apenas a una comprensión del pasado de África, son varios los tipos de fuentes de información no escrita a cuyo estudio debemos proceder: la tradición oral y los estudios de antropología social, nunca debidamente analizados.

Hace falta también encarar de una manera más sistemática la cuestión

SIGUE A LA VUELTA

Setenta centros de estudio del pasado

de la tradición oral. Los antropólogos que se aventuraron por este terreno de estudios no se han puesto de acuerdo sobre una interpretación adecuada de la historia oral, y lo que es peor, han trabajado en un aislamiento demasiado grande, apartados de los testimonios escritos y a la vez de los historiadores que tienen la información y la preparación analítica necesaria para contribuir eficazmente a un estudio de este tipo. Lo mismo reza para los historiadores. Ni al prepararnos ni al investigar hemos hecho el uso debido de los trabajos de los antropólogos sociales.

En los estudios sobre el pasado de Africa se han dado grandes pasos en los últimos veinte años, y en los círculos correspondientes la historia africana, concomitante de la emancipación política de buena parte del continente, tiene ya la consideración que cabía esperar. Los especialistas africanos en la materia aportan ahora a su investigación el conocimiento de su cultura, y la situación en que están por eso mismo les permite ver en los documentos más allá de lo que ven los ojos no africanos y seleccionar trozos relevantes para Africa y sus pueblos, no datos sobre las actividades de los europeos en ésta.

Los eruditos europeos y norteamericanos no han perdido tiempo en la interpretación y explotación de las minas de información descubiertas en los archivos de muchas partes del mundo. Para 1964 habían fundado ya sesenta centros e institutos de estudios africanos en catorce países europeos y en los Estados Unidos. En la Unión Soviética el instigador principal de esos estudios fue el Profesor D.A. Olderogge, filólogo ilustre entre cuyas obras se cuentan *The Peoples of Africa* (Los pueblos de Africa, que data de 1954); *The Hausa Language* (El idioma hausa, publicada en el mismo año), y *Western Sudan in the 15th.-19th. Centuries* (El Sudán occidental entre los siglos XV y XIX, que data de 1960).

En Diciembre de 1959 se inauguró un Instituto Africano dentro del Departamento de Ciencia Histórica de la Academia Soviética de Ciencias. Entre 1959 y 1961 solamente aparecieron no menos de 433 publicaciones soviéticas sobre Africa. Gracias al malogrado Profesor Potégin, primer director del Instituto Africano, el interés por los estudios especiales sobre la materia aumentó marcadamente en la Unión Soviética.

En los Estados Unidos, donde recién en 1963 empezó la *American Historical Review* a ocuparse de la historia del Africa, se había formado ya en 1957 una Asociación de Estudios Africanos. Dominada en un principio por los lin-

güistas, los etnólogos y los antropólogos sociales, la Asociación ha comenzado a inspirar ahora a los historiadores. En 1964 eran nada menos que 25 los Centros de Estudios Africanos en los Estados Unidos de América. Los africanistas norteamericanos han logrado mucho, particularmente en los terrenos de la lingüística y la ciencia política.

En Gran Bretaña abrió brecha la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres, institución que, bajo la dirección del Profesor Roland Oliver, ha trabajado fructuosamente en el terreno de la lingüística y la historia del Africa bantú. En la Universidad de Birmingham se ha seguido también un criterio de especialización, dedicándose el Centro de Estudios sobre el Africa occidental, que dirige el Profesor John Fage, a todo lo relativo a ésta.

Pero más que en ninguna otra parte del mundo, el puesto de honor dentro de las universidades africanas lo tiene la Historia de Africa, sean o no oriundos del continente los profesores. Las revistas especializadas en estudios históricos locales se han multiplicado. Los centros dedicados a esos estudios son más de 66, y su interés va desde la historia hasta el derecho, la cultura y la vida de las sociedades africanas.

Los que se dedican a redescubrir el pasado de Africa saben que la historia de ésta ha pasado la etapa experimental y que en algunas regiones de Africa el terreno está pronto para la cosecha; la información desenterrada al respecto es enorme, y las posibilidades de nuevas investigaciones casi infinitas.

Hay que reconocer, sin embargo, que en nuestro conocimiento de los pueblos africanos hay todavía lagunas importantes y que en algunas regiones, particularmente en el Africa oriental y el Africa central, queda mucho por hacer antes de poder escribir una historia definitiva. No sólo se necesita escribir la historia de las zonas en que los estudios e investigaciones han avanzado lo suficiente para ello, sino también iniciar unos y otros siguiendo un plan preconcebido en aquellas regiones sobre las que los conocimientos que poseemos son escasos. Una cosa debe ir junto a la otra. La Historia General de Africa, cuya redacción propone la Unesco, ha de hacer hincapié en ambos aspectos de la cuestión.

Resulta estimulante saber que a varios de los problemas planteados en este sentido les ha dedicado atención especial el Instituto Africano Internacional, que en Abril de 1964 convocó una Conferencia de Africanistas en la Universidad de Ibadán para considerar varios de ellos, y tam-

bién el Primer Congreso Internacional de Africanistas, que a su vez se reunió en Accra, la capital de Ghana, en 1962. La tarea a encararse es difícil, pero no insuperable, y su solución ha de requerir el empleo de considerables recursos financieros, así como de tiempo y dedicación por parte de los especialistas de todas las disciplinas, cuya estrecha cooperación es indispensable.

Si su realización se organiza debidamente, la Historia General de Africa propuesta por la Unesco ha de servir para reunir expertos de todas aquellas disciplinas relacionadas con el estudio del pasado africano. Para lograrlo así es imperativo que se cree un cuerpo de especialistas con la misión de canalizar las energías de los historiadores de Africa hacia la solución de varios problemas urgentes de la historiografía del continente y hacia la corrección de todas las ideas erróneas que todavía se tiene del pasado.

Está, por ejemplo, la tendencia general de los historiadores a aislar al Africa situada al norte del Sahara de una manera lo menos histórica posible. Lo cierto es que, en vez de barrera, el Sahara ha sido, desde tiempos inmemoriales, una especie de puente tendido entre el norte y el sur. Y aunque el Africa mediterránea haya tenido contacto con la Europa mediterránea y con el Oriente Medio por espacio de siglos, ha habido también, entre el Africa situada al norte y al sur del Sahara, no sólo vínculos económicos y políticos sino también una polinización mutua en el terreno cultural. Las dos regiones tienen problemas comunes pese a lo distintas que son en muchos sentidos. Cualquier plan de historia africana deberá realizarse pues dentro del marco del continente entero.

No quiero esto decir que haya que considerar poco deseable la manera regional de encarar la historia africana, ni tampoco que haya que desecharla. En realidad, la manera más práctica y eficaz de lograr resultados máximos en ese sentido es considerar los problemas de la historiografía africana en su contexto regional. Pero aunque se trate a cada una de estas partes con toda la consideración que se les debe, hay que pensar en ellas como partes de un todo orgánico, que es el continente africano.

Convendría dividir Africa, para un estudio histórico, en las siguientes regiones; Africa del Norte, comprendidos el valle del Nilo, Etiopía y el cinturón del Sudán; Africa occidental, Africa Central y Oriental, y Africa del Sur. Los africanistas de estas regiones podrían comparar notas sobre cuestiones de interés para todos.

Quizá el problema metodológico



Foto © Siegfried Sammer

El casco de esta barca pescadora de la costa occidental de Madagascar, cerca de Morondava, es un ejemplo cabal de arquitectura náutica. La barca tiene los estabilizadores típicos de las de Oceanía, región a la que Madagascar está unido por múltiples lazos.

más importante planteado por la historiografía africana sea la inevitabilidad de una manera multidisciplinaria de encarar la cuestión, especialmente por lo que se refiere al período pre-colonial, durante el cual, por lo que se refiere a la mayor parte del continente, no hay documentos escritos. El historiador de África no puede darse el lujo de trabajar aisladamente, ya que necesita de la ayuda de los especialistas en otras disciplinas que se relacionan con el tema que lo preocupa; y en este sentido tendría que tomarse en serio la cuestión de la tradición oral y trabajar en estrecha colaboración con lingüistas, arqueólogos, antropólogos físicos y sociales, orólogos y artistas. Pero aunque sepa muy bien cuán vital es para él el contacto con esas otras disciplinas, todavía tiende a hacer caso omiso de ellas.

Hasta ahora, pues, no se ha intentado un trabajo histórico en gran escala haciendo intervenir en él especialistas de muchas disciplinas. Se conocen muy bien los esfuerzos de

la Unión Soviética por adoptar esta estrategia, y también sabemos de los planes de estudios sobre los benines y los yorubas en Nigeria. Lo que se necesita en este momento es un programa cuidadosamente trazado para la redacción de la historia continental de África de acuerdo con ese criterio de intervención de diversas disciplinas.

Hay que reconocer el papel que los africanistas comprensivos y maduros de los Estados Unidos, de la Unión Soviética y de diversos países europeos han desempeñado en este sentido. Pero hay que recalcar una vez más que los problemas planteados por la historia africana son africanos en su mayor parte y que, por consiguiente, exigen una solución también africana. Así lo señalan los temas y la dirección de las investigaciones y estudios de los historiadores. Y es lo lógico, además.

Los africanos tienen una responsabilidad a este respecto que no cabe esperar de los extranjeros; psicoló-

gica y afectivamente los une a su continente y a su herencia algo muy superior a lo que éstos puedan sentir. En su comprensión de los documentos sobre la cultura y las instituciones de África, en su apreciación histórica y el uso que hacen de la tradición oral; en su análisis del drama humano latente en la sociedad africana, los especialistas africanos tienen una ventaja sobre los demás historiadores y más probabilidades de llegar a la verdadera raíz del problema que los que no son africanos.

No quiere decirse con ello que los no africanos no tengan un papel importante que desempeñar en el redescubrimiento del pasado de África. En disciplinas como la arqueología, la lingüística y el arte, su destreza y su inventiva son muy necesarias; están eminentemente calificados para estos estudios y de su concurso sólo puede esperarse un enriquecimiento, iluminación y elucidación especiales de nuestro conocimiento de la sociedad africana en los últimos tres mil años.



Foto © Naud - Afrique Photo

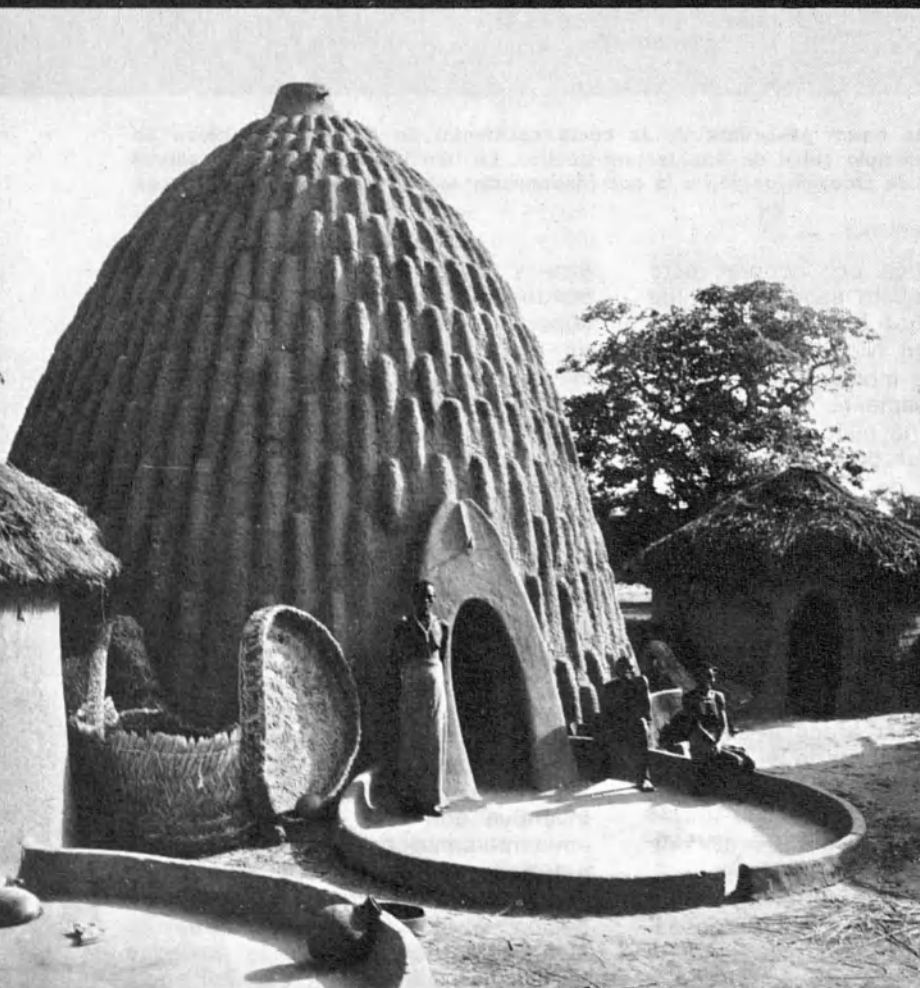


Foto © Hoa-Qui, Paris

ARQUITECTURA DE AYER Y DE HOY

El urbanismo y la arquitectura son terrenos en los que empieza a reflejarse de manera espectacular la gran mutación de los modos de vida del Africa. En muchos países ya han entrado en la liza los nuevos arquitectos africanos, que se esfuerzan por aliar las técnicas más modernas a los materiales, métodos de trabajo y recursos de las regiones en que viven, contemplando al mismo tiempo las necesidades sociales de éstas. Hasta ahora, las poblaciones africanas construyeron ellas mismas sus casas con sus propios medios artesanales y siguiendo sus necesidades y sus gustos. Y así como el edificio rural tradicional es muchas veces una obra maestra de estética y arquitectura, lo que se cree en el futuro, en el momento de formarse una nueva sociedad, ha de responder sin duda, como en otros tiempos, a las profundas aspiraciones de los pueblos de Africa.

A la izquierda, casa ogival en una aldea situada al norte del Camerún. Las líneas y las formas de esta casa acusan ese sentido arquitectónico afinado con los siglos por el contacto con modestos materiales locales.

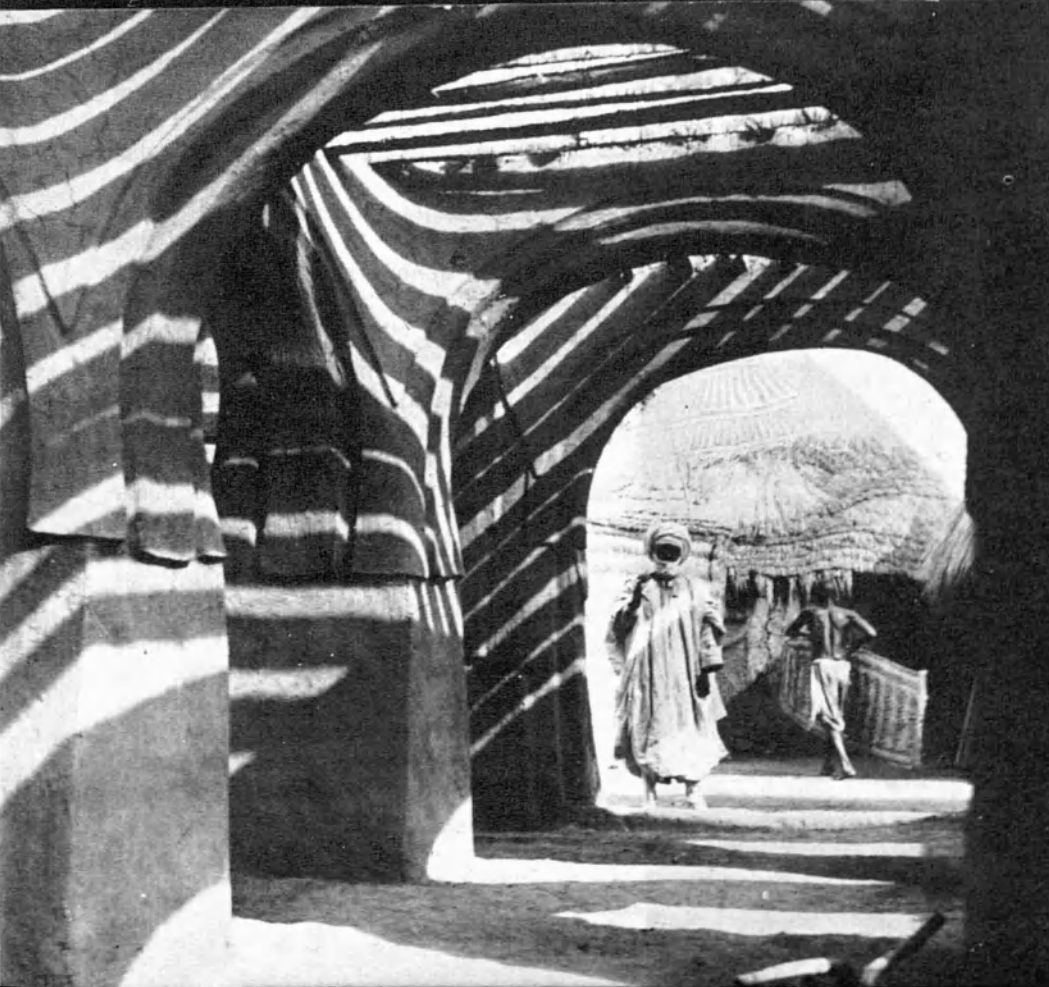
A la derecha, galería de una casa en el Camerún, hecha de tierra apisonada. El arquitecto tradicional sabe ser artista aquí manejando el sol y la sombra para lograr composiciones que cambian en el curso del día.



A la izquierda, la mezquita de Djenné, en el Mali, imponente edificio construido en ese estilo llamado sudanés que caracteriza la arquitectura de una vasta región situada al sur del Sahara.

Este edificio administrativo de Lagos es la obra de Oluwole Olusegun Olumuyiwa, joven arquitecto de Nigeria que, luego de hacer sus estudios en Europa y de haber gozado de diversas becas en países europeos y africanos, ha fundado su propio estudio en su país, donde se le ha encargado la construcción de numerosos inmuebles, especialmente escuelas. Olumuyiwa es actualmente codirector de la primera revista de arquitectura que se publica en África, «The West African Builder and Architect».

Foto © Paul Almsy



Abajo, entrada de una casa en el museo de Niamey, en Niger, arquitectura del pasado conservada a título de patrimonio cultural.

Foto © Paul Almsy

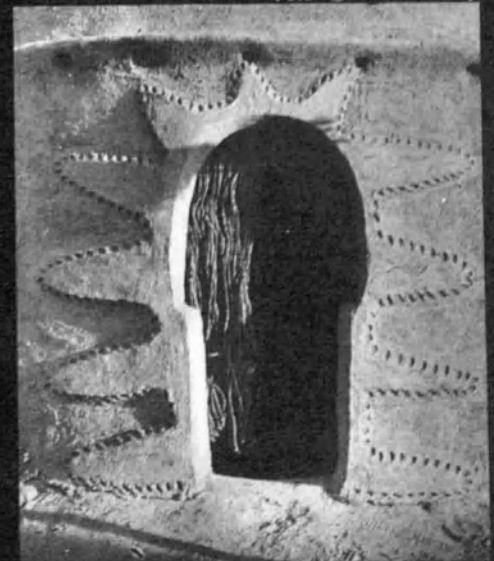


Foto © Griaule Goldner

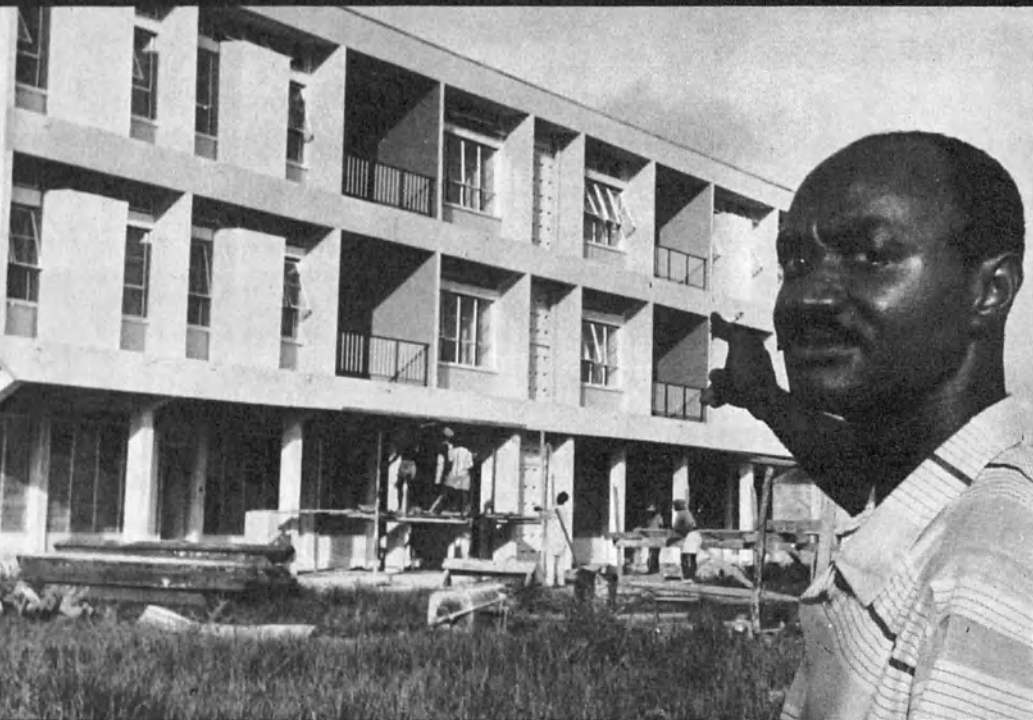


Foto © Paul Almasy



UN ARQUITECTO FRENTE A SU OBRA

El arquitecto H. Iseanyi Ekwuene (arriba) inspecciona la construcción de una de sus obras; el local de una escuela de Lagos. Más arriba, otra de las escuelas que ha construido recientemente. A la izquierda, el arquitecto y sus asociados trabajan en el proyecto de un gran inmueble. Se ha calculado que, para albergar a todos sus pequeños estudiantes, África tendría que haber construido para 1980 un mínimo de 450.000 salones de clase fuera de los que ya posee. En vista de la urgencia de esta obra, la Unesco creó en 1961 en Jartún, la capital del Sudán, un centro encargado de estudiar los mejores tipos de construcción escolar y de estimular la formación de grupos de especialistas en la materia.

EKPO EYO dirige actualmente el Servicio Federal de Antigüedades de Nigeria, donde estuvo previamente a cargo del Departamento de Arqueología del Museo de Jos. El texto que publicamos a continuación fué presentado en el coloquio de Dakar, organizado bajo los auspicios de la Unesco dentro del Primer Festival Mundial de Artes Negras, que se celebró en abril de 1966; y en forma de libro ha de aparecer publicado por las Editions Présence Africaine en París.

¿Por qué debemos conservar las obras de arte y artesanía de nuestro pueblo? ¿Por qué no gastar todo el dinero de que dispongamos en mejorar primero nuestro nivel de vida para pensar luego en la conservación de cosas que, después de todo, no han de aportarnos beneficio material alguno?

La respuesta es simple. En países donde los testimonios y documentos históricos son escasos y recientes nunca se insistirá lo bastante en la necesidad de conservar y estudiar esas obras de arte y artesanía. Precisamente por no haberlo hecho antes es que se ha considerado al africano como hombre sin tradiciones y sin pasado, que seguía viviendo en un estado salvaje y primitivo.

En los países occidentales y, en general, en todas partes del mundo, se han creado instituciones encargadas de la conservación de obras de arte nacional, como los museos por ejemplo.

Circunstancias inevitables militan en África contra la conservación natural de las obras de arte y artesanía. Cerca del 80% de ellas están hechas de madera, material que no resiste a los estragos del fuego, de la humedad, de las termitas, los gusanos o el mal tiempo. La tallas de madera más viejas que se conocen son quizá las figuras de los antepasados ekpu halladas en la localidad de Orón, el este de Nigeria; y según se calcula, apenas si tienen entre 150 y 200 años de edad.

El etnólogo británico William Fagg atribuye la continuidad del arte africano a la rapidez con que las termitas destruyen las tallas a poco de quedar concluidas, creando así la necesidad de producir otras nuevas. Pero quizá no sea esa la única razón. La continuidad tiene su origen en la existencia de familias de escultores que van enseñando a las nuevas generaciones a medida que éstas avanzan a primer plano. Lo cierto es, sin embargo, que una cantidad incalculable de buenas obras de arte y artesanía de las que nunca sabremos han quedado destruidas por los voraces insectos.

Las obras de arte africano más anti-



PROTECCION DEL PATRIMONIO ARTISTICO

por Ekpo Eyo

guas —y las mejor conservadas— son las realizadas en metal, pero aun así se sabe de casos en que se fundieron y refundieron muchas piezas inestimables de bronce. Aun en los casos en que los dueños de esas obras quisieron cuidarlas, desconocían la manera científica de hacerlo. Al frotar frecuentemente sus bronce con arena, los habitantes de Tada, por ejemplo, les han hecho un daño serio.

Pero este no es el peligro más grande; el peligro mayor está en la desintegración de las viejas estructuras sociales, basadas en religiones indígenas y en el cultivo de una economía de subsistencia. Se sabe muy bien cuán grande es la religiosidad del africano y cómo la vida de éste se halla marcada a cada paso por rituales y ceremonias. Vivan en reinos bien organizados o en comunidades sencillas, tanto los individuos como las familias, y tanto las castas como las aldeas y los reinos, tienen sus propios dioses, cuya imagen está por lo general esculpida en madera.

Al adoptarse tanto el cristianismo como el Islam como creencias del mundo africano, los que se convierten a ellos han destruido y siguen destruyendo parte de los millones de objetos de culto, fenómeno observado, por ejemplo, en Nigeria.

En la región occidental de este país, en efecto, avanzó desde Dahomey en 1951 un movimiento espiritualista llamado atinga cuyos cultores lograron convencer a los jefes y mayores de aldeas yorubas, en la provincia de Abeokuta, que les permitirían «limpiarlas». Los sacerdotes atingas dijeron que tenían el poder de descubrir a los brujos y a los malos curanderos, quemándose en esa «limpieza» miles de tallas, de calabazas, de objetos de metal y esculturas de marfil correspondientes a las diversas religiones yorubas.

Gracias al oficial británico de distrito, que se hallaba allí presente e informó de lo que pasaba al Departamento de Antigüedades, pudo rescatar éste algunas piezas importantes. La colección atinga es actualmente la más importante de todas las que puedan verse en los museos de Nigeria.

Si los africanos han hecho poco por conservar sus obras de arte y artesanía, europeos y norteamericanos, por su parte, al darse cuenta de la belleza de esas obras, despojaron al continente que las produjo de la mayor parte de lo que quedaba. Desde la época de la expedición británica de 1897 y la visita del etnólogo alemán Leo Frobenius, los europeos y los norteamericanos no han cesado de apoderarse de cuanta obra de arte africano caía en sus manos.

No es deseable, claro está, que una nación guarde para sí todo lo que se haya producido en ella en el terreno artístico. Algunas de sus obras deben verse también en otros países, no sólo por el prurito de dar placer a los que vivan en éstos o a los que los visiten sino también para facilitar la comprensión de la cultura que inspiró a los creadores de esas obras, confiriendo así a su país de origen el correspondiente prestigio. Pero los cambios de esta índole deben hacerse legalmente, y este no es el caso muchas veces.

Lo primero que debemos hacer —y lo que están haciendo varios estados africanos— es juntar y conservar en un museo aquellas obras de arte y artesanía expuestas a esos peligros que acabamos de enumerar. Un museo no es sólo un sitio que ofrece protección a esas obras, sino también un sitio donde puede estudiárselas debidamente.

En tres conferencias internacionales realizadas en los últimos años se ha hablado de la conservación de las obras procedentes de todos los países sometidos a un rápido proceso de adelanto. En Neuchâtel tuvo lugar en 1961, con asistencia de la Unesco, una reunión de expertos en museos procedentes de diversos rincones del mundo. Entre otros problemas de su especialidad, cambiaron entonces esos expertos ideas sobre la conservación de objetos procedentes de esos países en pleno desarrollo.

Se dejó constancia en ese caso de que «el acceso de muchos países a la independencia ha traído por consecuencia la de que sepa mejor qué importancia tiene el acervo cultural

nacional y qué necesario es proteger la propiedad cultural que no se quiere ver en manos extranjeras».

También se tomó nota de que la construcción en gran escala de obras diversas en los países en vías de desarrollo —consecuencia de la rápida expansión, tanto económica como industrial— supone la destrucción de muchos emplazamientos culturales y particularmente arqueológicos, con la consiguiente supresión de culturas tradicionales en zonas tan vastas como las que rodean a las grandes represas nuevas.

Los expertos recomendaron con ese motivo: 1) que cada país estableciera un servicio nacional para hacer una lista de los objetos cuyo valor los hiciera acreedores a una protección especial, y 2) que se hiciera un esfuerzo por mejorar el estatuto legal de esos objetos para garantizar su conservación física y prohibir su exportación, aunque esta última medida no debía impedir la circulación legal de los mismos.

En Agosto de 1964, Nigeria abrió sus puertas a un seminario patrocinado conjuntamente por la Unesco y por el gobierno del país y dedicado al «Papel de los museos en el Africa contemporánea». Un especialista belga de primer orden, el malogrado Profesor Paul Coremans, señaló en su estudio sobre la conservación física y química de los objetos de museo en los trópicos que varios tipos de clima tienen en Africa un efecto tan rápido como pernicioso para ellos y que los objetos antiguos conservados en Africa son particularmente sensibles a ese efecto. El Profesor Coremans indicó a raíz de ello la conveniencia de que cada país creara un servicio nacional para la conservación de su herencia cultural, y especialmente de los monumentos, emplazamientos arqueológicos y objetos de museo. También sugirió que dentro de esta organización nacional se creara una sección técnica compuesta principalmente por un laboratorio cultural y uno o más talleres de conservación que trabajaran conjuntamente con aquél.

Por último, al volver a reunirse en 1964 la Conferencia General de la

SIGUE A LA VUELTA

Arte y artesanía al alcance de todos

Unesco, dejó constancia en París de que «la propiedad cultural constituye un elemento fundamental de la civilización y la cultura nacionales» y dijo que consideraba que cada Estado debía proteger la propiedad cultural existente en su territorio contra los peligros resultantes de la exportación ilícita.

La Conferencia de la Unesco recomendó además que se hiciera lo necesario para estimular la adopción de medidas adecuadas y para mejorar la cooperación internacional en este terreno. Se aconsejó a los Estados Miembros que no se autorizara la importación de ninguna parte de esa propiedad cultural hasta no saberse libre de restricciones de cualquier índole en el Estado desde donde se la exportaba. A los museos, por ejemplo, se los invitó a que se abstuvieran de adquirir objetos obtenidos por medio de la exportación o importación ilícitas o de la transferencia de propiedad igualmente ilegal.

La Unesco recomendó, entre otras cosas:

Que cada Estado creara un fondo para adquirir las obras de arte nacional que se considerara importantes o tomara medidas equivalentes para restituir las al patrimonio nacional.

Se consideró igualmente el problema de la restitución, recomendándose que los Estados Miembros colaboraran para facilitar la vuelta del país de los objetos de valor cultural ilícitamente exportados de aquél.

En Nigeria hay una ley para controlar y hasta para impedir completamente la exportación de antigüedades. Se ha definido en este caso la antigüedad como «cualquier obra de arte o de artesanía —estatua, figura de barro cocido o fundida o tallada en metal, escultura, poste, puerta, figura ancestral, máscara religiosa, bastón, tambor, bol, ornamento, utensilio, arma, armadura, insignia, manuscrito o documento, si esa obra de arte o artesanía es de origen local y fue hecha antes de 1918 y tiene interés histórico, artístico o científico, o si se la ha usado alguna vez en el curso de una ceremonia tradicional para servir los propósitos de éstas».

La definición, susceptible de modificaciones a corto plazo, está contenida en la Ley de Antigüedades de 1953.

Los que deseen exportar una antigüedad deben dirigirse en primer lugar al Director de Antigüedades. Si se trata de una obra poco importante,

éste se halla autorizado para extender un permiso de exportación. De todas las antigüedades se saca la fotografía correspondiente y se hace una lista para conservar el registro debido de todo lo que se saca del país.

Cuando se trata de antigüedades más importantes, la Comisión correspondiente o su subcomité debe decidir, por acuerdo de su mayoría, si permite o no la exportación de una obra determinada. El exportador eventual debe presentar los objetos que le interesan por lo menos tres meses antes de la fecha en que se propone sacarlos del país. En caso de negársele el permiso, el Departamento de Antigüedades se ofrece a adquirir el objeto pagando un precio razonable por éste.

El Departamento de Antigüedades de Nigeria se ha lanzado asimismo a una campaña de adquisición de antigüedades por medio de compras directas, préstamos y excavaciones, habiéndose creado además un servicio de vigilancia de los agentes radicados en Nigeria que exporten piezas antiguas al extranjero.

Aunque la mayor parte de las cosas africanas esculpidas tienen un significado religioso, una buena cantidad de ellas, dada la economía de subsistencia de los pueblos que las produjeron, son objetos domésticos, aperos de labranza o instrumentos de pesca. Al empezar a hacerse uso de la ciencia y la técnica occidentales, ha habido una diversificación de esa economía, convirtiéndose los productos del Occidente en símbolos de la nueva condición a que se ha accedido.

Ha surgido así un arte nuevo y diferente del tradicional tanto en la concepción como en la calidad de sus obras. La demanda del insaciable apetito europeo por obras de arte exóticas no ha producido más artistas tradicionales, sino plagiarios dedicados a copiar sin autorización las viejas formas de los artistas africanos. El resultado es lo que Frank McEwen ha llamado «arte de aeropuerto», o sea lo que Elsy Leuzinger llama, en términos más corrientes, «obras sin raíces culturales ni contenido artístico».

Hay, sin embargo, síntomas de que todo esto entrará en un orden. Hace tres años la Unesco y el Gobierno de Nigeria crearon en Jos un instituto modelo para preparar a los técnicos africanos de museo, instituto que cuenta con alumnos de 10 países a los que se ofrecen, en inglés y en francés, cursos de documentación, fotografía, conservación química y reparación

mecánica de objetos de museo. Ya son tres las promociones de técnicos preparadas en esta forma. Al volver a sus países, los expertos no sólo se dedican a los trabajos que han aprendido sino que estimulan allí el interés necesario a la apreciación de las obras de arte.

Este interés puede despertarse —manteniendo vivo a ese arte al mismo tiempo— si se estimula y ayuda lo suficiente a los artistas contemporáneos. Hay dos categorías de ellos: los que trabajan siguiendo el estilo tradicional, aunque no forzosamente la creencia religiosa que lo inspirara (tallistas en madera de Nupelandia y Yorubalandia, escultores yorubas e ibibios que trabajan con cemento y los oyos, que hacen lo propio con las calabazas), y los jóvenes preparados en escuelas modernas de bellas artes, que se sirven de técnicas e instrumentos europeos pero cuya inspiración sale del mundo que los rodea. Estos últimos producen lo que podría llamarse arte popular.

No ha de sorprender a nadie, por consiguiente, que tanto el africano refinado como el ciudadano común y corriente adornen sus casas con obras de arte y de artesanía. No cabe duda de que el interés de todos ellos presagia un buen futuro para el arte y la artesanía africanos. Ya se sabe a estas alturas que la cultura y la tradición del continente son tan ricas como las de cualquier otra parte del mundo. Pero como los mayores parecen apartarse de ella, la única esperanza está en educar a los niños en un modo verdaderamente africano de vida.

Los Ministerios de Educación deberían incluir estudios africanos en el programa de las escuelas, y las universidades intensificar el estudio del pasado del continente. En aquellos sitios donde hay un solo museo o no hay ninguno, deberían crearse varios, y ofrecerse al mismo tiempo estímulo y protección a todos aquellos artesanos que siguen practicando su oficio. Sólo así se podrá salvar de la tiniebla al pasado de Africa y conservar para la posteridad las creaciones artísticas del continente a lo largo de tantos siglos.

Para simbolizar el acceso de Nigeria a la vida moderna, el escultor Ben Enwonwu ha dado las formas más estilizadas y etéreas a la figura de bronce que decora la fachada del museo de Lagos, la capital de su país.

Foto © Paul Almasy



AFRICA 1967

Estados independientes

● Capitales

Otros territorios (marcados en marrón en el mapa)

- 40 Costa francesa de los Somalíes
- 41 Ifni (Esp.). 42 Sahara español
- 43 Guinea portuguesa
- 44 Guinea española
- 45 Cabinda (Portug.)
- 46 Angola (Portug.)
- 47 Sudoeste Africano (Africa del Sur)
- 48 Rhodesia (R. Unido)
- 49 Mozambique (Portug.)
- 50 Swazilandia (R. Unido)
- 51 Reunión (Francia)
- 52 Isla Mauricio (R. Unido)
- 53 Comoras (Francia)



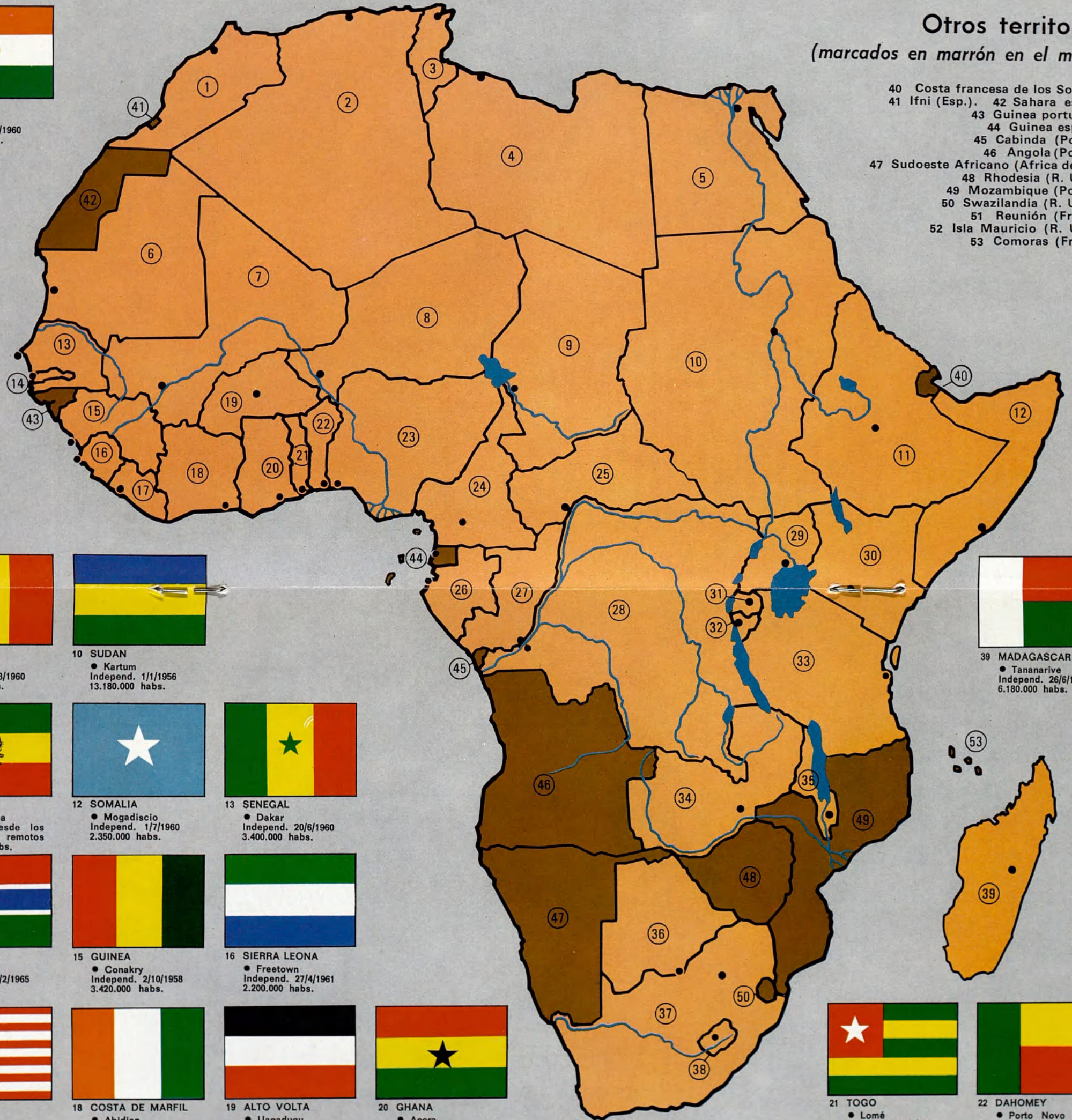
- 1 MARRUECOS
● Rabat
Independ. 2/3/1956
12.960.000 habs.
- 2 ARGELIA
● Argel
Independ. 5/7/1962
12.300.000
- 3 TUNEZ
● Túnez
Independ. 20/3/1956
4.565.000 habs.
- 4 LIBIA
● Trípoli
Independ. 24/12/1951
1.560.000 habs.



- 5 REP. ARABE UNIDA
● El Cairo
Independ. 28/2/1922
28 900 000 habs.
- 6 MAURITANIA
● Nuakchot
Independ. 28/11/1960
780.000 habs.
- 7 MALI
● Bamako
Independ. 20/6/1960
4.485.000 habs.



- 8 NIGER
● Niamey
Independ. 3/8/1960
3.250.000 habs.



- 9 CHAD
● Fort Lamy
Independ. 11/8/1960
3.300.000 habs.
- 10 SUDAN
● Kartum
Independ. 1/1/1956
13.180.000 habs.



- 11 ETIOPIA
● Adis Abeba
Independ. desde los
tiempos más remotos
22.200.000 habs.
- 12 SOMALIA
● Mogadiscio
Independ. 1/7/1960
2.350.000 habs.
- 13 SENEGAL
● Dakar
Independ. 20/6/1960
3.400.000 habs.



- 14 GAMBIA
● Bathurst
Independ. 18/2/1965
324.000 habs.
- 15 GUINEA
● Conakry
Independ. 2/10/1958
3.420.000 habs.
- 16 SIERRA LEONA
● Freetown
Independ. 27/4/1961
2.200.000 habs.



- 17 LIBERIA
● Monrovia
Independ. 1847
1.041.000 habs.
- 18 COSTA DE MARFIL
● Abidjan
Independ. 7/8/1960
3.750.000 habs.
- 19 ALTO VOLTA
● Uagadugu
Independ. 5/8/1960
4.750.000 habs.
- 20 GHANA
● Accra
Independ. 6/3/1957
7.600.000 habs.



- 21 TOGO
● Lomé
Independ. 27/4/1960
1.603.000 habs.
- 22 DAHOMEY
● Porto Novo
Independ. 1/8/1960
2.300.000 habs.
- 23 NIGERIA
● Lagos
Independ. 1/10/1960
56.400.000 habs.
- 24 CAMERUN
● Yaundé
Independ. 1/1/1960
5.103.000 habs.
- 25 REP. CENTROAFRICANA
(ex-Ubangui-Chari)
● Bangui
Independ. 13/8/1960
1.320.000 habs.
- 26 GABON
● Libreville
Independ. 17/8/1960
459.000 habs.
- 27 CONGO
● Brazzaville
Independ. 15/8/1960
826.000 habs.
- 28 REP. DEM. DEL CONGO
● Kinshasa
Independ. 30/6/1960
15.300.000 habs.
- 29 UGANDA
● Kampala
Independ. 9/10/1962
7.367.000 habs.
- 30 KENYA
● Nairobi
Independ. 12/12/1963
9.104.000 habs.



- 31 RUANDA
● Kigali
Independ. 1/7/1962
3.018.000 habs.
- 32 BURUNDI
● Bujumbura
Independ. 1/7/1962
2.780.000 habs.
- 33 REP. UNIDA DE TANZANIA
● Dar-es-Salaam
Independ. :
9/12/1961 (Tanganyika)
10/12/1963 (Zanzibar)
Unión : 26/4/1964
10.325.000 habs.
- 34 ZAMBIA
(ex - Rhodesia del Norte)
● Lusaka
Independ. 24/10/1964
3.600.000 habs.
- 35 MALAWI
(ex-Nyasalandia)
● Zomba
Independ. 6/7/1964
3.900.000 habs.
- 36 BOTSUANA
(ex-Bechuanalandia)
● Gaborone
Independ. 30/9/1966
543.000 habs.
- 37 AFRICA DEL SUD
● Pretoria
Independ. 31/5/1910
17.474.000 habs.
- 38 LESOTO
(ex-Basutolandia)
● Maseru
Independ. 4/10/1966
733.000 habs.



Literatura africana

por Ezequiel Mfahlele

En junio de 1962 se efectuó en la Universidad de Makerere, en Kampala, Uganda, una conferencia de escritores africanos de expresión inglesa. Dicha conferencia —primera reunión de este tipo que se efectuaba en el mundo— fue convocada por el Club «Mbari» de Artistas y Escritores de Ibadán, y patrocinada por el Congreso por la Libertad de Cultura desde París.

Encabezando una lista de preguntas que se plantearon y estudiaron con relación a los problemas prácticos de los autores africanos, había una no muy práctica que digamos: «¿Qué se entiende por literatura africana?» Al formularse en la reunión se produjo una atmósfera de sorpresa general, como si la frase que habíamos usado tanto, y llevado y traído, e identificado con ciertas cosas, se nos hubiese escapado súbitamente de las manos y se volviera contra nosotros en una carga cerrada.

Esa locución, «literatura africana», ¿se había utilizado mal? ¿Se había abusado de ella? Ciertos participantes trataron de dejar de lado la cuestión calificándola de académica; otros se sintieron molestos; otros más trataron de ridiculizarla o de explicarla hasta que no quedara nada de ella. Pero aun luego de varias tentativas serias por definir la literatura africana, el interrogante quedó en suspenso y en evidencia, como una mancha blanca que no se hubiera podido sacar de una prenda de hilo negro.

Hubo un acuerdo general, más bien implícito que explícito, en el sentido de que la definición era más bien simplista, por inspirarla más la emoción que la razón; literatura africana, dijimos entonces, es la producida por africanos negros. Bastaba sin embargo reflexionar un poco para que ciertas preguntas le saltaran a uno a la imaginación con irritante insistencia: «¿Cómo llamar a la literatura producida por africanos blancos? ¿Qué distingue a la literatura llamada africana de la no africana? ¿Qué distingue, por ejemplo, una obra de Joyce Cary (no oriundo de África) de una de Dan Jacobson



EZEQUIEL MFAHLELE, nacido en 1919, fue profesor de Idiomas en un instituto de enseñanza secundaria de Johannesburgo antes de emigrar a Nigeria en 1957, y ejerció de nuevo funciones docentes antes de convertirse en conferenciante de literatura inglesa en el Colegio Universitario de Nairobi (Kenia). Su autobiografía, «Down Second Avenue» (Londres, 1962) ha sido traducida a varios idiomas europeos.

Foto © Paul Almsy

(oriundo de ésta) o una obra de Nadine Gordimer (sudafricana blanca) de una de Thomas Mofolo (sudafricano negro)? ¿Qué determina la «africanidad» de la obra; el tema, el estilo, ambos juntos, o bien el tono o el punto de vista del autor?

Joyce Cary fue un escritor mayor que cualquiera de los blancos que manejan el ambiente africano, y es evidente que en sus novelas no se identificó nunca ni con blancos ni con negros. Cary escribe con magistral imparcialidad. Hay cierto grado de identificación con los personajes y el ambiente por el que se sabe siempre si un escritor blanco del tipo de Alan Paton o de Nadine Gordimer es verdaderamente africano. En el primer caso y en el segundo el lector puede percibir claramente que, puestos en la frontera del color, los tres autores están del lado de los blancos, y los tres se identifican mucho más fuertemente con los personajes blancos que con los negros.

Tal identificación constituye un vínculo más estrecho e íntimo con un modo de ser o vivir que el de la simple adopción de una causa defendida, en el texto de la obra, por los personajes de ficción. En otras palabras, el quid no está en una cuestión de simpatía ideológica, sino de ubicación con respecto al grupo representado por una sección de los personajes que se retrata y el medio ambiente en que éstos se mueven. Y lo que reza para el escritor blanco también reza para el negro dentro del segregado mundo de éste. He aquí lo que distingue, entre dos escritores blancos, al africano del no africano; y entre dos escritores africanos, al blanco del negro.

Si se habla de literatura africana escrita en inglés, no podemos menos que considerar lo producido tanto por blancos como por negros. Si insisto en el contexto cultural de la expresión tendré que considerar únicamente la literatura producida por africanos negros al sur del Sahara, excluyendo tanto a blancos como a árabes.

Fue siguiendo este concepto que

el Club «Mbari» invitó a los escritores a reunirse en Makerere. Pues los problemas artísticos que se plantean al negro de Sudafrica —para citar el ejemplo de un país con una sociedad plural— no son los mismos de los sudafricanos blancos; entre uno y otros hay muy poco contacto.

Pero aun cuando por causa de la diversidad de la experiencia colonial en Africa, así como de nuestras diferencias étnicas, nos encontremos a menudo con que no hablamos en la misma longitud de onda, esta misma experiencia colonial, y el sentimiento común a los negros africanos de que nos decimos cosas sobre nosotros mismos cuya expresión fue en un tiempo privilegio exclusivo del misionero o explorador blancos, del antropólogo e incluso del administrador blanco, bastan para que todos los negros de Africa respondan al llamado de una campana que convoca a los «escritores africanos» a una Asamblea.

Y la locución «literatura africana» posee todavía un fuerte contenido emotivo. Un escritor blanco puede responder intelectual y no emotivamente al llamado de esa campana, a diferencia del escritor negro; y es muy probable que para convencerse de que debe asistir a una reunión de esa índole se diga que él también es africano. En este caso volvemos a encontrar en Africa dos corrientes definidas de cultura y de conciencia literarias que representan, respectivamente, al negro y al blanco.

Nuestro contacto con éste ha dado nacimiento a una cultura neoafricana. Sólo se puede hablar de ésta para definir, no la calidad o intensidad de su expresión, ni tampoco, como alguien ha dicho, el grado de pasión que la caracteriza, sino el contenido que surge del contacto entre las culturas occidentales y africanas. Esa cultura neoafricana se expresa por medio de muchas voces y formas, como puede verse en la literatura y en la música sudafricanas, que son tan diferentes de las del Africa occidental u oriental. La literatura vernácula de Africa es, en

Las esculturas metálicas que se ven en la foto izquierda y que representan unos peces —obra del escultor M. Calka— sostienen una moderna decoración monumental en un patio del Teatro Haile Selassie en Addis Abeba.

ESCRITORES DEL AFRICA ACTUAL

Presentamos en estas páginas a un pequeño grupo de los principales escritores africanos contemporáneos. Por más detalles sobre la literatura del continente véase "Elementos de una bibliografía africana" en la pág. 37.



LEOPOLD SEDAR SENGHOR

(Senegal)

actual Presidente de la República de Senegal, nació en 1906. Senghor es no sólo un político eminente sino también un poeta destacadísimo, autor de «Chants d'ombre» editado en París (Editions du Seuil), «Hosties noires», en 1948 (mismos editores), «Chants pour Naett» en París, en 1949 (Seghers), «Ethlopiques», en 1956 y «Nocturnes», en 1961 (Editions du Seuil). Su reivindicación de la «negritud» ha inspirado a Senghor diversos ensayos.



Foto Faber and Faber

AMOS TUTUOLA

(Nigeria)

nació en 1920 de padres campesinos, se hizo herrero y luego se empleó en Lagos en el Ministerio de Trabajo. En sus novelas y novelas cortas, Tutuola revive los mitos y leyendas yorubas con tanta imaginación y gracia como sentido poético. La más célebre de sus novelas fue traducida del inglés al francés por Raymond Queneau con el título de «L'ivrogne dans la brousse» y publicada por Gallimard en 1953, luego de lo cual vino la traducción a otros idiomas. Entre sus otras obras cabe citar «My Life in the Bush of Ghosts».



Foto © I. Lebeer

BERNARD DADIE

(Costa de Marfil)

nació en 1916, cerca de Abidjan. Luego de hacer sus estudios en Dakar, Dadie actuó en el Instituto Francés de África Negra, y en los Servicios de Información nacionales. Su obra literaria es abundante: «Afrique debout» y «La ronde des jours», poemas publicados por Seghers en 1955 y 1956 respectivamente; «Légendes africaines» publicado igualmente por Seghers en París, en 1954; «Le pagné noir» cuentos africanos y «Un nègre à Paris», publicados en 1955 y 1959 por «Présence africaine».

SYLVAIN BEMBA (Congo)

ganó en 1964 el premio a la mejor novela africana escrita en francés instituido por la revista parisiense «Preuve» con su libro «La chambre noire». Bemba es jefe de redacción de la Agencia Congoleña de Información en Brazzaville.



OLYMPE BHELY QUENUM

(Dahomey)

hijo de un maestro de Cotonú, nació en 1928 e hizo sus estudios en Francia. Es periodista y autor de varias novelas: «Un piège sans fin» publicada en 1960 en París por las Editions Stock, y «Le chant du lac» («Présence africaine», 1965).



JAMES NGUGI

(Kenia)

nació en 1936 en Limuru y estudió en la Universidad de Makerere en Uganda y en la Universidad inglesa de Leeds. En 1963 fue nombrado secretario administrativo de la Asamblea Nacional de Kenia. Tres de sus novelas, «Weep Not, Child» que data de 1964; «The River Between» que es de un año más tarde, y «A Grain of Wheat» de 1967, han sido publicadas en Londres por Heinemann.

A. AGOSTINHO NETO

(Angola)

que es uno de los grandes poetas de su país, nació en 1922, siguió cursos en Lisboa y, luego de recibirse de médico, ejerció en Angola. Dedicado a la causa de la resurrección de la cultura original de ésta, Agostinho Neto fue finalmente nombrado presidente del movimiento de liberación de su país. Se lo arrestó en 1960 y purgó en Lisboa una pena de prisión. Un tomo de poesías suyo titulado «Coleção de poemas» se ha publicado en Lisboa en 1961.



Foto Unesco-Bablin

AMADOU HAMPATE BA

(Mali)

nació en 1901. Antes de ser embajador de su país en la Costa de Marfil y miembro del Consejo Ejecutivo de la Unesco, Hampate Ba colaboró en las actividades del Instituto Francés de África Negra, en el que se consagró a la historia de su región. Es lingüista y especialista en tradiciones orales. De él son «El imperio peúl de Manina de 1818 a 1853», en colaboración con J. Daget (editada por Mouton en París en 1962) y «Tierno Bokar, le sage de Bandiagara» («Présence africaine», escrito a su vez en colaboración con M. Cardaire y publicado en 1957, en París, por «Présence africaine».



Foto Plon

CAMARA LAYE

(Guinea)

nació en 1924 en Kurusa, cursó estudios en Conakry y en París, donde una novela autobiográfica, «L'enfant noir» (El niño negro) publicada por Plon en 1953, lo situó de entrada entre los grandes estilistas africanos, siendo traducida luego a varias lenguas europeas. Laye publicó en 1955 «La mirada del rey» y en 1967 «Dramouss» (Plon).



Foto © Almasay

CYPRIAN EKWENSI

(Nigeria)

que nació en 1921, hizo estudios de muy diversa índole en Ibadán y en Londres. Citemos entre su obras «People of the City» publicada dos veces en Londres, la primera por Andrew Dakers en 1954 y la segunda por Heinemann en 1963; «The Drummer Boy», Londres 1960, Cambridge University Press. «Jagua Nana» (Hutchinson, Londres, 1961), y «Burning Grass» (Pasto que se quema), historia de los peúls del norte de Nigeria (Londres, Heinemann, 1962).

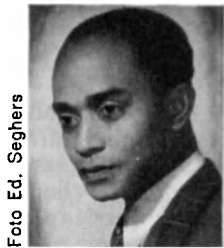


Foto Ed. Seghers

(Madagascar)

JACQUES RABEMANAJARA

nació en 1913. Adherido al movimiento de independencia, en el que tomó parte activa, se lo arrestó luego del levantamiento de 1947, condenándose a muerte, aunque luego se le perdonó la vida, desterrándose. Después de la independencia volvió a su país como Ministro de Cuestiones Económicas. Tiene entre sus obras de poeta y dramaturgo: «Les dieux malgaches» publicada por Ophrys en París en 1947; «Les boutriers de l'aurore» y «Agape des Dieux-Tritiva» (París, «Présence africaine», 1962); «Sur les marches du soir» (Ophrys, París, 1942) y «Antsa» (Présence africaine, París, 1956, con prólogo de François Mauriac).



Foto © I. Lebeer

SEMBENE OUSMANE

(Senegal)

escritor y cineasta, nació en 1923, y viajó por África y Europa estudiando en la Unión Soviética las técnicas de filmación cinematográfica. Ousmane obtuvo en 1966 el Primer Premio de Novela en el Festival de Dakar. Entre sus obras corresponde citar «Le docteur noir» (París, 1956, Nouvelles Editions Debrasse). «O pays, mon beau peuple», (París, 1952, Amiot Dumont; «Les bouts de bois de Dieu», París, 1960, «Le livre contemporain») y «Vehi Ciosane» (París, 1965, «Présence africaine»).



Foto © I. Lebeer

JOHN PEPPER CLARK

(Nigeria)

poeta y autor dramático, nació en 1935. En sus años de estudiante en la Universidad de Ibadán fundó una revista poética, The Horn. Su primera pieza, «Song of a Goat» (El canto de la cabra) se estrenó en Ibadán en 1962 y fue publicada en la misma ciudad por Mbari. La misma editorial publicó en el mismo año una colección de «Poemas» del autor, y André Deutsch publicó en Londres en 1964 su libro «America, Their America».

DAVID DIOP (Senegal)

1927-1960, nació en Burdeos de padre senegalés y madre camerunesa, y alternó sus años de infancia entre Francia y el África occidental. Colaborador regular de «Présence africaine», revista cultural del mundo negro cuya redacción y administración tienen su sede en París, Diop publicó en 1956 un libro de poemas, «Coups de Pilon», editados por «Présence africaine», en donde manifestó su gran talento lírico. Diop murió prematuramente en una catástrofe aérea.



Foto © I. Lebeer

WOLE SOYINKA

(Nigeria)

nació en 1935 e hizo sus estudios en la Universidad de Ibadán y luego en Inglaterra. Allí trabajó para el Royal Court Theatre, donde se estrenó con éxito su obra «The Lion and The Jewel» (El león y la joya). De vuelta a su país, Wole Soyinka escribió una segunda pieza, «A Dance of the Forests» (1960) que tuvo el primer premio en el concurso organizado por el periódico dominical londinense «The Observer». Soyinka no es sólo dramaturgo sino también poeta, y su producción ha aparecido en la revista literaria de su país «Black Orpheus».



MONGO BETI

(Camerún)

es el seudónimo del novelista Alexandre Biyidi, cuya primera novela, «Ville Cruelle» (Ciudad Cruel) publicaron en París en 1954 las Editions Africaines. En esa ocasión el autor usó otro seudónimo: Eza Boto. Su libro «Mission terminée», que ganó un premio, fue editada por Macmillan en Nueva York, en 1958, con el título de «Mission Accomplished» y por Muller en Londres con el de «Mission to Kala». Este publicó también, en 1950, «King Lazarus».



Foto © I. Lebeer

FELIX TCHICAYA U'TAMSI

(Congo Kinshasa)

nació en 1931 y estudió en Francia. Cuatro de sus libros de poemas han visto la luz: «Le Mauvais Sang» y «Feu de Brousse» (editados en París por «Caractères» en 1955); y «A Triche-Cœur» y «Epitome» (Oswald, París, 1960). En el Festival Mundial de Dakar (1966) Tchicaya obtuvo el primer premio de poesía.



Foto © I. Lebeer

BIRAGO DIOP

(Senegal)

nació en Dakar en 1906, ejerció la profesión de veterinario en el Alto Volta. En 1960 «Présence africaine» publicó un grupo de poemas suyos con el título de «Leurres et Lueurs»; luego adaptó al francés varios cuentos africanos («Les contes d' Amadou Koumda» publicados por Fasquelle en París en 1947) y «Les nouveaux contes d' Amadou Koumda» (París, 1958, «Présence africaine») que también publicó en 1963 el volumen titulado «Contes et lavanes».



Foto © W.E. Bell

(Ghana)

EFUA SUTHERLAND

poeta y autora dramática, ocupa un lugar particularmente destacado en la literatura africana, donde escasean aun las mujeres. «Playtime In Africa», editada por los «Atheneum Publishers» en Nueva York en 1962, es una obra suya dedicada a los niños del África nueva. Dos dramas, «Fowra» y «Adufa» fueron publicados en 1962 por el «Ghana Drama Studio».



Foto Julliard

(Camerún)

FERDINAND OYONO

es actualmente Embajador de su país en Liberia. Sus novelas se han traducido a diversos idiomas: Julliard ha publicado en París «Une vie de boy» en 1956; «El negro viejo y la medalla» el mismo año, «Camino de Europa» en 1960 y también «El pandemonium».

CHINUA ACHEBE (Nigeria)

nació en 1930, cursó estudios en la Universidad de Ibadán. Sus dos primeras novelas, «Things Fall Apart» y «No longer at ease» publicadas por Heinemann en Londres en 1958 y 1960, se han traducido al alemán, al italiano y al español. De 1964 es su última obra, «Arrow of God».

A propósito de un banco y un termómetro

ese contexto, inequívocamente africana.

Las formas literarias que se dan allí, tanto en inglés como en francés, son cosa que corresponde estudiar dentro de la literatura de cada uno de esos idiomas. La poesía de John Pepper Clark, de Efuwa Sutherland y de Gabriel Okara; las obras de teatro de Wole Soyinka; las de ficción de Richard Rive y de Alex La Guma, etc, deberían formar parte del curso habitual de literatura inglesa. De la misma manera, también habría que estudiar junto con Flaubert, Baudelaire y Rimbaud en un curso de francés la poesía de Birago, de David Diop, de Senghor y de Tamsi, y las novelas y relatos de Camara Laye, Mongo Beti y Ferdinand Oyono.

Lo que queremos aquí, al considerar la literatura «africana», es simplemente hablar de lo producido en África en los idiomas vernáculos y juzgar cada obra por sus méritos literarios propios. Es común encontrar que, cuando un sociólogo se aplica a estudiar la literatura creadora, no preste mayor atención al mérito literario de cada obra. Como científico que es, el sociólogo argumenta con razón que no tiene por qué opinar sobre las calidades literarias de un libro, por la misma razón que a Wordsworth no le interesa diseccionar las flores de que habla, por ejemplo, en su poema «Narcisos».

El hecho de que los negros de África produzcan mucha más literatura creadora que estudios o ensayos es harto significativo. Tal vez se deba ese hecho a lo cerca que un poema, un cuento o una novela se hallan de la experiencia individual, resultando por ellos modos de expresión más naturales que la prosa analítica; tal vez se deba además a que ni los sistemas intelectuales ni los argumentos que se esgrimen al aplicarlos son cosas engendradas en África y propias de ésta.

En África la argumentación gratuita, o la destinada a formular métodos de pensamiento, constituyen todavía un ejercicio secundario. El hecho de que se aprenda tanto sobre el africano estudiando su poesía y sus narraciones —estos es, la cultura tradicional y los conflictos culturales en que se ve envuelto, así como su reconciliación o consolidación— hace que unos pocos africanistas penetren con frecuencia, en un exceso de entusiasmo, en los predios del juicio literario, pero que lo hagan, como quien dice, por la puerta trasera.

Un novelista o poeta africano se siente ensalzado por una presunta excelencia literaria, cuando todo lo que el sociólogo ha querido decir en realidad es que una obra determinada resulta reveladora o aclaratoria por el comentario social que contiene. Esto ocurre particularmente cuando el

que juzga una obra africana es un no africano; y lo que comienza razonablemente con una actitud de humildad natural por parte del contemplador termina por convertirse en autohumillación y confusión de ideas. El proceso ha sido simbolizado, con devastadora ironía, en la brillante novela de Camara Laye «La mirada del rey» (titulada, en versión inglesa, *The Radiance of the King*) sobre todo en la parte en que el autor retrata a Clarence, el hombre blanco, temblando ante el rey africano, temeroso de aproximarse a él en la especie de ataque de culpa y vergüenza europeas que se apodera de él sin que venga a cuento.

Pero hay muchas cosas en la literatura africana capaces de informar al sociólogo sensible a las particularidades de un idioma, ya que la tradición local no ha impuesto moda literaria alguna. Todas las modas literarias siguen siendo lo extranjeras que puede esperarse dentro de una tradición originada en las lejanas capitales de la ex-autoridad colonial, o continuada por un educador que viene de fuera. Hay, por ejemplo, una diferencia clarísima entre las literaturas negras de Sudáfrica y del África occidental, por una parte, y las de las comunidades de habla inglesa o francesa por la otra; dicción, ritmos y temas son marcadamente distintos.

En el cuento titulado *The Bench* (El banco) (1), un escritor negro de Ciudad del Cabo, Richard Rive, nos narra la historia de Karlie, un joven que quiere desafiar la ley sentándose en un banco en el que dice un letrero «Para Europeos Únicamente». Karlie, después de escuchar un discurso político, se siente galvanizado por el deseo de poner en tela de juicio el sistema que segrega a los hombres por su color. El sentarse en el banco prohibido será un desafío, vale decir, un acto en que se afirma su condición de hombre.

Abioseh Nicol, cuentista oriundo de Sierra Leona, narra en «Como la noche, el día» la historia de un estudiante que rompe un termómetro en el laboratorio en que da clase, descuido por el que se castiga a un compañero suyo. En su habitación, por la noche, el primero, presa de la vergüenza, se pone a escribir al profesor confesando su culpa, acto que para él también equivaldrá a afirmar su condición de hombre.

Veamos ahora dos breves pasajes de ambos cuentos, en primer lugar del de Rive:

«Aquí, en el banco, estaba su oportunidad de probarse; en el banco de la estación de ferrocarril, con su inscripción «Para Europeos Únicamente» pintada inequívocamente con letras blancas. Por un momento esa

inscripción simbolizó para él todo el sufrimiento de una sociedad africana mixta. Esas tres palabras eran un desafío a sus derechos de hombre. En aquel banco parecían concentrarse ahora todos los males de un sistema que escapaba a su comprensión. El banco era un obstáculo entre él y la humanidad. Si se sentaba allí, era un hombre de verdad; si no lo hacía por miedo, se negaba a sí mismo el derecho a pertenecer, como ser humano, a una sociedad también humana.

Aquí estaba su oportunidad de probarse. Al sentarse en el banco tenía un aspecto perfectamente sereno, aunque el corazón le estaba latiendo locamente. Dos ideas antagónicas luchaban en su mente. Una de ellas era: «No tengo derecho a sentarme aquí», y la otra, «¿Por qué no voy a tener derecho a hacerlo?». La primera voz le hablaba del pasado, de los serviles menesteres que había desempeñado en varias granjas, de su padre y de su abuelo, los dos negros, que como negros vivieron y que habían muerto como bestias de carga.»

Pasemos ahora al cuento de Nicol:

«De pronto, en su cuartito, arrebujado en su delgada sábana de algodón, se puso a llorar, presa de un dolor agudo y lancinante. Lloraba por Basu, por Simpson, por el termómetro; por todas las cosas que quería ser o hacer y que nunca sería o haría; por todos los hombres buenos de que se le había hablado en la escuela; por Jesucristo, por Mahoma, por George Washington (el hombre que nunca había dicho una mentira); por Florence Nightingale, por Livingstone; por Kagaya el japonés, por el Ghandi, por Kwegyir Aggrey el africano; ¡ay!; porque sabía que nunca podría ser tan recto, tan fuerte y tan sincero como decía la canción escolar que fueron todos ellos. Por primera vez vio en qué forma se haría hombre y rozó el borde de una pena eterna, inconsolable. «Ay, ay», pensó «siempre seré un baldón para mi país y para mi raza.»

Hay en el primer cuento una realidad histórico-social por la que el campo de referencia de su personaje sudafricano tiene un significado físico concreto y evoca un sentido de cosa inmediata: el recuerdo del padre y del abuelo del personaje, que como negros vivieron y que «habían muerto como bestias de carga». En cambio, el campo de referencia del personaje de África occidental no es tan inmediato, sino que está concebido en términos abstractos. En el caso del sudafricano hay una condición omnipresente de opresión de la que se desprende un sufrimiento mental y

(1) De *From Darkness And Light*, ediciones Peggy Rutherford, Faith Press, Londres.

(2) De *African Treasure*, ediciones Langston Hughes, publicado en Londres por Victor Gollancz.



En Africa, viejo hogar de las artes, hay una pléyade de escultores y pintores dedicados a crear en cada país nuevas expresiones plásticas autóctonas. Estos artistas conjugan muchas veces la búsqueda moderna con las formas tradicionales. Véase aquí un dibujo de Ibrahim Salahi, joven artista sudanés que se ha instalado en Jartún después de haber seguido en Londres los correspondientes cursos de bellas artes. Para sus obras, que son muy personales, Salahi se inspira con frecuencia en la caligrafía árabe y en los motivos de decoración tradicionalmente empleados en el Sudán para adornar cestos y cabalzas.

Tomado de «Ibrahim El Salahi» © Mbari Publications, Ibadán, 1962

físico agudísimo. El escritor se siente comprometido. A través de su estilo impresionista, en su cólera, su impaciencia, en las imágenes sensoriales que evoca y en el ritmo del relato, puntuado de urgencia, el personaje está tratando de aceptarse a sí mismo y aceptar también el ambiente que lo rodea, rechazando el statu quo aunque para ello tenga que hacer aquí y allá, como único modo de aliviar la carga que pesa sobre sus hombros, determinadas concesiones. Y esta tentativa por reconciliar emociones diversas lo ayuda, por paradójico que

ello parezca, a conservar su lucidez, a sobrevivir.

Por lo que se refiere al Africa occidental, las cosas son allí más fáciles y pueden seguir, naturalmente, un ritmo pausado; hay más cielo, no se siente una sensación de claustrofobia; el escritor puede imaginar sus personajes dentro de un contexto más amplio y menos urgido por ideas candentes. Allí el ritmo, el movimiento y la textura de la prosa —o el humor del escritor— no acusan ningún sentido de urgencia, ninguna intensidad sensual.

Esto no es un juicio de valores, sino el reconocimiento de un hecho: aparte de ello Abioseh Nicol es uno de los mejores prosistas africanos (ciertamente el mejor de Africa occidental) entre los que escriben en inglés.

Y sin salir de esta región privilegiada, cabe decir que la literatura francesa y la inglesa —particularmente por lo que se refiere a la poesía— siguen allí corrientes distintas. El poeta de Nigeria habla de cosas que lo afectan personalmente y en forma inmediata, sin protesta y sin tratar de reivindicar su «negritud». El poeta de habla francesa, por el contrario, particularmente si pertenece a la escuela de la negritud (y no conozco a ninguno que no pertenezca a esa escuela o que por lo menos no se haya visto influenciado por ella) utiliza símbolos más vastos, cuya importancia no está dictada por lo inmediato de la experiencia individual; símbolos de Africa y de la negritud, de lo que el poeta considera características africanas con fuerza unificadora, no sólo para los pueblos indígenas del continente, sino para el mundo negro en general.

Veamos por ejemplo un fragmento del poema de Léopold Sédar Senghor «Plegaria a las máscaras», donde aparecen estas características:

*¡Máscaras! ¡Oh, máscaras!
¡Máscara negra, máscara roja, y vosotras,
máscaras blanquinegras;
Máscaras de los cuatro puntos en que
sufre el espíritu,*

*Os saludo en silencio!
No te postergo, Ancestro con cabeza de
pantera.*

*Guardáis este lugar vedado a toda risa
femenina y toda sonrisa que pueda marchitarse;*

*Purificáis el aire de la eternidad, en que
respiro el aire de mis Padres.*

*¡Máscaras de rostros desenmascarados,
despojados de arrugas y de hoyuelos,*

*Que habéis compuesto a vuestra imagen
ese retrato y ese rostro míos, inclinados
ante el altar de papel blanco:*

Escuchadme!

*Mirad morir el Africa de los Imperios
—agonía de una princesa lastimosa—*

*Y mirad morir también a Europa, a la que
estamos unbilicalmente unidos.*

*Fijad vuestras miradas inmutables sobre
esos hijos vuestros que reciben órdenes,*

*Que dan su vida como da el pobre su
vestido último.*

*Y digamos «presente» al renacer del
Mundo,*

*Levadura tan necesaria como la del pan.
.....*

En este poema de Senghor hay nobleza de tono y de sentimiento. Para el poeta las máscaras son un punto de partida en el que se apoya para señalar los defectos de Europa y de su civilización, así como los rasgos característicos de la cultura africana, que mira con reverencia. El sentir del autor, además, abarca un amplio campo; y las imágenes más representativas del poema son las que giran en torno al verso «Purificáis el aire de la eternidad». Sabemos, al leer estas palabras, que nunca captaremos el significado que podrían tener en prosa, significado que aquí se nos escapa de las manos para volar al mundo metafísico.

En este caso el individuo no es el eje de las cosas, no tiene una importancia innata, sino que vale como objeto de adoración y símbolo de lo que a veces se describe como «esencia africana».

El poeta más destacado de Ghana es Efla Sutherland. Prácticamente la Sra. Sutherland es, asimismo, la única escritora marcadamente individualista de su país. Los demás poetas de Ghana expresan sentimientos nacionalistas y se dedican a reabrir viejas heridas, como la de la esclavitud. Pero, en su poema «Redimida» la señora Sutherland es individualista a la manera de los poetas de Nigeria. Allí encontramos un hombre que quiere sojuzgar a una mujer hermosa quebrantándole el alma como quien rompiera el cuello a una serpiente. Pese a intuir en ella la debilidad característica del eterno femenino, en cierto momento el hombre se echa atrás, anonadado por la belleza de la mujer, a quien dice al principio:

Amo el pilar de tu cuello,

Portento que rige el equilibrio

De tu testa de reina;

Y sin embargo tengo que romperlo.

Amo el brillo de tu piel

Y sin embargo tengo que apagarlo

Con el leproso veneno de mi melancolía.

Pero la intención no llega a transformarse en acción:

Se detuvo, y volvió contra mí

Su alma, atravesando mi forma de reptil

*Hasta que quedé retorcido en indefenso
ovillo*

Mientras el veneno que en mí bullía

Quedó coagulado

Ante el esplendor de su alma redimida.

Resulta interesante el constatar que, aun después de obtenida la independencia política y retirarse el colonialismo, hay poetas que siguen machacando con el tema de la africanidad, empeñados siempre en reivindicar su dignidad de negros. Interesante pero desconcertante. ¿No vamos a saber nunca lo que siente y piensa el campesino al borde de una revolución que le exige un cambio total en su modo de vida, por ser improductiva la economía de subsistencia en que ha vivido? ¿Acaso no hay nada que decir sobre ese joven patético y tragicómico que acepta al pie de la letra los

discursos de los políticos, piensa que le corresponde adoptar una actitud chauvinista y se embriaga con palabras, sin llegar a darse cuenta de que su actitud poco tiene que ver con las aspiraciones de su gobierno? ¿Hasta cuándo van a continuar nuestros poetas balando como cabras en la crisis del alumbramiento?

Si me atrevo a decir esto es porque quiero que se trate a la literatura africana como parte de la literatura mundial y no como algo especial; ya que en realidad sólo hay una buena literatura o una medocre o mala, se produzca en África, en la China o en México. El hecho de considerar la literatura africana simplemente como la mina de oro de un sociólogo entraña un peligro cierto. Mientras sigamos escribiendo poemas y novelas sociológicos para alimentar el interés de los africanistas, seguirá aumentando el número de los que gritan y se quejan de viejos agravios. Aunque transitoria, esta fase no deja de ser por ello menos deprimente.

He dicho también que hasta en la mejor literatura que se produce en África se refleja un fuerte sentido de realismo social. Si, como ocurre ya, la literatura africana sirve a los que estudian la sociedad del continente porque da al estudiante un atisbo de la personalidad de un africano en un clima determinado —atisbo que ese estudiante no puede tener de ningún otro modo dada la escasez de los estudios académicos debidos a escritores locales— el sociólogo tendrá que estudiarla según las líneas que ha indicado más arriba. Verá entonces que el ritmo, las imágenes y la dicción son tan importantes para su estudio como el tema mismo.

Si la situación fuera ideal, sólo la literatura vernácula interesaría a un Departamento de Estudios Africanos. Es de esperar que un Departamento universitario de esa índole trate de estimular la literatura vernácula en esta u otras formas. En primer lugar, se piensa que los escritores autóctonos deben tomar parte también en los trabajos de esos talleres literarios creados para los que escriben en inglés o francés. Después de todo, en la literatura de creación existen técnicas individuales aplicables a todos los idiomas. Y si todos los escritores vernáculos acuden a esos talleres, verán que su actividad no está tan alejada como podría creerse de la corriente principal.

Además, es importante que los que escriben en lenguas vernáculos superen esa mentalidad libresco-escolar que los lleva a creer importante sólo aquella obra literaria que puedan comprender los niños de las escuelas. negocio lucrativo de por sí. La primera tarea de un Instituto de Estudios Africanos ha de ser la de corregir esta tendencia insensata, aunque comprensible.

¿Por qué no se va a producir en hausa o en swahili, en tui, en ibo o en

yoruba, una novela que exponga ideas adultas y pueda resistir el análisis crítico como lo resisten las novelas y cuentos escritos en idiomas occidentales u orientales?

Antes de que nos viésemos invadidos por una economía de tipo puramente monetario y por industrias que exigen las migraciones de una enorme mano de obra, las actividades de los africanos estaban guiadas por un propósito que era moral o inmoral en la medida en que se desviara o no de los deseos del grupo. La cultura no se veía separada de nada vital, y representaba procesos en los que se podía hablar como si uno estuviera instalado en un tribunal de «apelaciones humanas». La cultura era la vida, y cada fase de ella se veía marcada por ceremonias de iniciación. Era así parte inherente de la educación y del crecimiento moral del hombre.

Pero actualmente los medios de comunicación de masas —televisión, prensa, publicidad, radio, discursos y panfletos políticos, literatura mundial— desintegran nuestro sentido de los valores. Las culturas tradicionales y campesinas ceden el paso a las culturas urbanas, y nos vemos preguntarnos: «¿Dónde está este «tribunal de apelaciones humanas» que nos permita evitar los errores que comotió y sigue cometiendo Europa?

Algunos de nosotros sentimos la necesidad de evocar esa esencia de relación humana que integra nuestra africanidad. Y algunos creamos mitos sobre rasgos del africano considerado como una raza. Parecemos afirmar así características de una cultura que ya no vivimos, y afirmarlas aun cuando actuemos en centros metropolitanos occidentales, de cuya cultura estamos participando. Incluso nos negamos a ver nuestra literatura como parte de la tradición occidental.

Parecemos olvidar también que nuestra cultura neoafricana, por su naturaleza misma, tiene que asimilar todavía las técnicas europeas mucho más de lo que ha hecho hasta ahora; proceso que en realidad no debería preocuparnos ya que nuestra literatura sólo puede ser válida si interpreta la sociedad contemporánea con una forma de expresión que repercuta en los planos intelectual, afectivo y físico de su contenido. ¿Qué más puede pedirse a un escritor, un artista o un músico?

Para resumir, parecería necesario poner en guardia a los interesados contra el peligro de pensar que, porque somos africanos, debemos escribir sobre las mismas cosas y adoptar los mismos estilos o puntos de vista. Es función de la cultura la de estimular y fomentar los impulsos creadores e intelectuales, así como la de interesarse por las actividades del individuo y de la colectividad. Por esta razón hay que permitir que dentro de una colectividad determinada la cultura surja de la necesidad. La cultura tiene que ser una cosa que se vive, no una cosa de la que se habla

Esta obra reciente de Ousmane Faye, artista senegalés de 25 años que, fuera de pintar cuadros, trabaja en la fábrica de tapices de Thiès, se inspira en las expresiones tensas de los espectadores de una lucha que se lleva a cabo una noche en una aldea del Senegal.

Foto © I. Lebeer

LOS IDIOMAS

por Pathé Diagne



PATHE DIAGNE, lingüista senegalés, ha participado en numerosos coloquios de la Unesco sobre lingüística africana y la creación de un alfabeto común a ciertas lenguas vernáculos. Diagne es autor de diversos trabajos sobre ese tema y sobre sociología histórica africana. Su último libro se titula *Le pouvoir traditionnel*.



AFRICANOS Y LA VIDA MODERNA

En las culturas africanas, la lengua ha sido tradicionalmente considerada como una realidad esencial. He aquí un hecho que a todo sociólogo le gusta subrayar, y del que los historiadores se hacen eco algunas veces.

Quizá en ninguna otra región del mundo se haya llevado tan lejos y mantenido durante tanto tiempo la intimidad de la relación entre lengua y conocimiento como en África.

Las tradiciones locales aceptan en África que la lengua sea un medio de comunicación, un instrumento de difusión del saber y un apoyo del pensamiento. Pero nunca han dejado por ello de identificarla con el conocimiento en sí mismo.

El sacerdote o el simple depositario de la experiencia o de la sapiencia, que en el seno de una sociedad inicia a las generaciones más jóvenes en el saber de ésta, los inicia casi siempre, al mismo tiempo, en la práctica de un lenguaje desconocido.

No de otra forma proceden por la que respecta a sus oficios el herrero, el tabartero o el pescador, así como las castas y corporaciones artesanales. En general, todos ellos consideran que las técnicas que enseñan no pueden hacerse accesibles al aprendiz si no se conocen ciertas fórmulas singulares. Por eso, toda vez que en el África negra un hombre de grandes conocimientos ha sentido un orgullo especial o se ha creído aislado e incomprendido, se ha llevado a la tumba sus fórmulas, cuando no las transformaba en secretos insondables.

La difusión del conocimiento ha perdido mucho por culpa de este concepto que tiende a identificar la ciencia con un lenguaje esotérico y la educación con la revelación de conocimientos secretos.

Por espacio de muchos siglos, la difusión del saber religioso y cultural introducido por el Islam o por el cristianismo en las amplias regiones a ellos asimiladas, se ha visto impe-

didada por este concepto esotérico del saber.

Pronto hará un siglo que el mundo moderno, con sus aportes técnicos y su espíritu laico y científico, choca contra el mismo obstáculo.

En uno y otro caso se tiene siempre una revelación del peso del idioma en toda tentativa de transformación o de renovación de una sociedad.

Sea cual fuere la naturaleza del conocimiento, éste no puede ser comprendido, aceptado y difundido sino en la medida en que se vale de lenguas conocidas, y son varios los hombres de letras célebres que así lo han recordado frecuentemente con relación al mismo problema que nos concierne.

A principios del siglo XIX, Thierno Samba Mombeya, gran erudito del Futa Yalón, insistía en ello al margen de la versión en *pulár* que había hecho del *Filón de oro*, obra importante de la literatura islámica. Respondiendo a los que le reprochaban que

Todo idioma es bello si sabe decir la virtud del hombre

tradujera la obra a un idioma "que no era noble", dijo Mombeya:

"Sea en árabe o en peúl
O en cualquier otro dialecto,
Todo cuanto permite el conocimiento
[exacto]

Resulta siempre válido."

Mussa Ka, poeta senegalés que redactó en wolof una de las obras más importantes de su época, concuerda en esta opinión al decir en unos versos admirables que:

"Arabe o uolof,
todo idioma es bello
si sabe del hombre
decir la virtud
y también la ciencia."

Estas referencias al árabe no deben sorprender, ya que por su prestigio, su saber y sus aportes culturales, el Islam aparecía en África como el símbolo del saber esencial. Pero gracias a la posición de muchos hombres de letras que deseaban educar a las nuevas generaciones en su propio idioma, los estudiantes se vieron libres de esas agotadoras "séances" de recitación en las que se salmodiaban textos coránicos de impenetrable contenido. En el siglo pasado los traductores de la Biblia se vieron animados de parecido propósito al tratar de hacer más accesible su propia fe a los creyentes cristianos.

La cita de esos ejemplos es pertinente porque permite percibir la forma en que la opinión sobre el conocimiento de idiomas modernos se ha ido moldeando en África hasta que se llegó a la conclusión de que el verdadero problema está siempre en tratar de poner el saber al nivel de comprensión del mayor número de hombres. También muestra la actitud de esos hombres de letras cómo se ha ido reconociendo progresivamente el carácter irremplazable de los idiomas africanos en la creación de una enseñanza que no traumática al niño al intentar sacarlo de su medio. En esos idiomas encuentra perspectivas ciertas la elaboración de una norma de alfabetización y de renovación cultural para las capas más amplias de la población.

Ciertos intentos efectuados ya en tiempos pasados cobran ahora una inesperada amplitud siempre que se trata de enseñar en las lenguas locales conceptos sobre ciencia y técnica, ya que aquéllas se revelan eficaces cuando se trata de remplazar lo arcaico por lo moderno.

La política de desarrollo depende también de ellas en absoluto. Así lo han dicho los especialistas y subrayado la Unesco en el curso de las recientes reuniones dedicadas a la consideración de ese problema y celebradas en 1964 en Ibadán, en 1965 en Accra, en 1966 en Yaundé y Bamako. También lo recordaron en febrero de 1967 los Ministros de Educación

reunidos en Abidján, mientras que el gobierno de Tanzania confería al swahili el carácter de lengua oficial, tanto desde el punto de vista administrativo como del nacional en todos los órdenes.

Pero no hay que olvidar los obstáculos que se oponen a una empresa de este carácter. El lego los evoca a menudo al hacer particular hincapié en la pluralidad de las lenguas africanas y la necesidad de adaptarlas, cuando en no su flaqueza «literaria», científica, etc.

Entre esos obstáculos, el que más preocupa a quienes desean seguir una política cultural y educativa fundada en los idiomas africanos es el de la pluralidad de estos idiomas. Se acostumbra a hablar de la diversidad de idiomas de África perdiendo de vista al mismo tiempo que ésta es todo un continente. Un análisis algo a fondo que se haga de la cuestión revela enseguida cuánto se exagera este alcance del abanico lingüístico y qué universal es también el fenómeno. En Europa se hablan decenas de idiomas y dialectos. Pensar en un «africano común al continente» es expresar un voto tan ingenuo como el del que habla de un «europeo universal». Desde que no se ha llegado a reducir al francés al italiano, se comprende que el swahili pueda subsistir junto al hausa o al yoruba.

Por otra parte, pese a los particularismos reales que se encuentren en África, las zonas lingüísticas no existen en ésta sino en número reducido, y en el seno de ellas la unidad no es únicamente histórica sino real y verdadera.

Si se toma como ejemplo la zona de las lenguas llamadas «bantú», uno no tarda en darse cuenta de que no está frente a idiomas distintos, sino a simples variaciones dialectales. Aquí es tan importante el fondo común que se pasa muy fácilmente de un dialecto al otro.

Los habitantes del Congo, por ejemplo, son todos prácticamente políglotas. Los vilis, los laris, los batekes, los bangalas o los kikongos hablan todos, amén de su dialecto étnico, el lingala, el monokotuba y otra lengua de este tipo. Cuando uno se da cuenta de todos los dialectos que puede comprender el vili de Punta Negra, está dispuesto a creer que los congoleños tienen una aptitud particular para penetrar el secreto de los idiomas extranjeros.

Un vili llega fácilmente a comprender y ajustarse a dialectos tan dispersos como el lari, el teke, el swahili o el chiluba, facilidad debida simplemente al hecho de que todos esos idiomas proceden de una misma realidad lingüística de la que no son sino manifestaciones particulares. El exper-

to en lingüística muestra la ligereza de las diferencias que existen en este caso recordando que pertenecen a los fenómenos de correspondencia que uno reconoce al comparar los sinónimos de *comer*, por ejemplo: *kulia* en vili, *kudia* en kikongo, *kudia* también en lari, *kolia* en lingala y *kulia* en swahili.

La diferencia radica en una vocal o en una consonante; y las similitudes o parecidos demuestran que actualmente es posible unificar lingüísticamente toda la zona bantú a partir de uno de sus dialectos. Más adelante se verá que este es un proceso que puede interesar a un centenar de millones de habitantes de África.

Y lo que reza para la zona lingüística bantú reza también para otras. En los países del Sudán, los grandes idiomas conocen el mismo fenómeno de particularización; tal es el caso del hausa, del grupo mandé (bambara, diul, malinké); de las lenguas akan baulé de Ghana y de la Costa de Marfil, de las lenguas pular, etc.

Los particularismos van desapareciendo en África y dando lugar a grandes lenguas comunes, movimiento de unificación que se apoya en diversos factores. La urbanización, el prestigio cultural, la proximidad de grandes centros de intercambio han permitido a varias lenguas unificar el área de que dependen e integrar vastas zonas habitadas por otras razas.

El mapa lingüístico africano se ha visto trastornado por ello, y su diversidad deja lugar en nuestros días a una docena de idiomas de expansión dinámica, algunos de los cuales sirven aproximadamente a agrupamientos de cincuenta millones de personas. La mayoría de ellos interesan a poblaciones de entre uno y doce millones.

En el grupo bantú, que cuenta con un centenar de millones de habitantes de África, el swahili que se habla en Kenya, en Uganda, en Tanzania, en Zambia y en el Congo Kinshasa, así como el complejo lingala-kikongo-monokotuba, que se habla igualmente en el Congo Kinshasa, en la República centro-africana, en el Congo Brazzaville y en el Camerún, constituyen dos sub-grupos. Más de 50 millones de personas —o sea la gran mayoría de los ciudadanos de los Estados del África oriental y del Congo Kinshasa— hablan el swahili. El lingala-kikongo-monokotuba, que interesa aproximadamente a una treintena de millones de personas, sirve a la mayor parte del África central. Si uno se fija un plazo razonable para ello, el imponer una lengua común a los que hablan el swahili o el lingala-monokotuba-kikongo, y hasta el shango o ciertos dialectos bantúes de Sud-África o del Camerún, es una obra factible de llevar a cabo.

Las lenguas del África occidental

IMAGENES DE UNA VIDA. El arte funerario de los Mafahali, grupo del sud-oeste de Madagascar, está adecuadamente representado por esta tumba de un jefe malgache de la provincia de Tulear. En el montón de piedras secas se levantan cuernos de cebú. Los « alcalos », pilares de madera coronados por esculturas, recuerdan la vida del difunto y sus placeres predilectos: aquí, el de andar en motocicleta, junto con diversas escenas domésticas y profesionales, constituyen los motivos, bien modernos por cierto, de este arte tradicional.



Foto © Siegfried Sammer

son más diversas. Aquí el hausa, hablado por los cuarenta millones de habitantes de Nigeria, de Níger y del Chad, se presenta como elemento de unificación para una vasta zona.

El yoruba que se habla en Nigeria, el malinké-diula del Senegal Oriental, de Malí, del Alto Volta, de la Costa de Marfil y del Níger, el pular del Senegal, de Malí, de Guinea, del Alto Volta, de Níger y Nigeria son, al igual del árabe, otras tantas entidades lingüísticas utilizadas por entre 10 y 15 millones de personas.

El tamachek que se habla en Mauritania, Malí y el Níger; el ibo, hablado en Nigeria; el complejo akán-baulé-

bulú-fang, utilizado en Ghana y en la Costa de Marfil; el fonewe-mina, que se habla en el Togo, en Dahomey y en Ghana; el more (lengua de los mosi) que se habla en el Alto Volta; el uolof del Senegal, el sarajule de Malí, Mauritania y el Senegal; el kanuri de Nigeria, Níger y el Chad, el djerma-songhoi de Malí y del Níger, dan lugar a otras áreas lingüísticas en vías de unificación que oscilan entre uno y cinco millones de personas. Es una verdadera pirámide de idiomas; en un solo país se puede practicar varios de ellos, como el hausa, el ibo, el yoruba y el kanuri que se hablan en Nigeria.

Puede comprobarse así que el hecho dominante en Africa no es la dispersión, sino la unificación lingüística.

El esfuerzo realizado con respecto a la adaptabilidad y adaptación de los idiomas africanos al saber moderno es de vieja data, y al crearse en Africa instituciones de origen europeo ese esfuerzo ha conocido un nuevo impulso. En 1820, por ejemplo, un maestro francés creó en la localidad senegalesa de San Luis la primera escuela laica bilingüe del Africa occidental, donde aparte del francés, se enseñaba el uolof, lengua local.

Esta iniciativa laica abrió el camino a las actividades de los misioneros que,

SIGUE A LA VUELTA

Einstein en uolof y Shakespeare en swahili

luego de haber comenzado por difundir el evangelio, llegaron progresivamente a institucionalizar la utilización de los idiomas del terruño para aclimatar por este medio varias técnicas nuevas en el terreno de la agricultura y de diversos oficios.

De allí surgió la escuela bilingüe del Congo. En los países de cultura británica el concepto es el mismo, un concepto fundado en el principio del «administrador oriundo del país» que ha contribuido al desarrollo de los idiomas locales. El alcance y la influencia de éstos puede medirse en el Congo Kinshasa, en Uganda y en Tanzania, países alfabetizados en más del 45 % que, tomando como base las lenguas locales, ponen a disposición de sus manuales y folletos diversos una excelente información de orden político, técnico y social.

El gran interés reside aquí en la diversidad de los contextos. El desarrollo de la escritura en swahili aceleró un proceso de fijación y de creación literaria estimulado, mucho antes de la colonización, por un idioma la abundancia, antigüedad y calidad de cuya literatura quedan demostradas por el *Kilwa*, que data del siglo XVII. El swahili comparte esta distinción con varios otros idiomas. En el África occidental, particularmente, la literatura pular y la uolof, a la que nos hemos referido al principio del artículo; la hausa, magistralmente ilustrada por Don Fodio, y la de los cronistas kanuri, dendi, etc., sostienen la comparación con el swahili. Hay otros idiomas, como el lingala y el chiluba, que sólo encontrarán expresión escrita gracias a los esfuerzos hechos en nuestros días.

Pero la adaptación de las lenguas africanas a los conocimientos modernos no ha avanzado mucho todavía. En este sentido ninguna se ha vuelto esencialmente un instrumento de cultura científica elevada, ni tampoco la base de una literatura moderna que, ni en la creación de obras autóctonas ni en la traducción de las extranjeras, pueda reflejar aún ese esfuerzo de renovación y de transformación intelectual al que se somete continuamente el pensamiento contemporáneo. Aunque sean numerosos los esfuerzos en ese sentido, de todos modos siguen siendo esfuerzos aislados.

Hay intelectuales que se han destacado intentándolo así, y entre ellos corresponde a C. Anta Diop un papel de precursor. En la segunda parte de *Nations Nègres* hay una serie de trabajos suyos que son otros tantos ejemplos de la posibilidad de adaptar el uolof al conocimiento técnico moderno. El autor, que ha elegido temas literarios y científicos, ofrece traducciones en senegalés de una precisión y claridad extraordinarias. En uolof, además, elucida magistralmente la teoría de la relatividad de Einstein, tal como la

interpretara y explicara Langevin. Al mismo tiempo ofrece Anta Diop traducciones bellísimas de poemas y textos dramáticos extraídos de la literatura francesa. La terminología de matemáticas y de física moderna por él publicada en uolof constituye al mismo tiempo un instrumento esencial para la formación de una cultura científica moderna. Este idioma tiene su tradición literaria, como lo recuerda Anta Diop en su libro con la sabia selección de textos que ha efectuado. Pero lo que él hace aquí por el uolof puede hacerse por no importa qué lengua africana. Así lo ha demostrado Julius Nyerere, el Presidente de Tanzania, al traducir recientemente el «Julio César» de Shakespeare y demostrar con ello la vitalidad de las lenguas de África.

En todo idioma hay un problema de adaptación más que de adaptabilidad. El lingüista sabe bien que ninguno carece de plasticidad, y que todos pueden adaptarse a un modo nuevo de conocimiento. Todo idioma se sostiene a sí mismo por su sistema, la integración a él de un conocimiento nuevo afecta sólo el terreno del léxico, no el de la estructura idiomática que le sirve de base.

Las exigencias de la adaptación no son cosa que se plantee únicamente a las lenguas africanas; en esta época se trata de un fenómeno universal.

Al dar carta de ciudadanía a los conocimientos modernos dentro de su propia lengua, al integrar a su cultura ciertas técnicas inéditas que han bautizado con nombres japoneses, o al adoptar los vocablos que designaban esas técnicas en su propio contexto, los japoneses han podido fundar su poderío económico y científico. No hay idioma que haya podido escapar a esta necesidad. El «franglais» y el «japanglais» existen porque, gracias al aporte científico y técnico de los países anglosajones a la civilización actual, su idioma se ha hecho universal.

La mejor razón que se pueda esgrimir para explicar la adaptabilidad de los idiomas africanos al conocimiento moderno es decir con que facilidad se naturalizan en ellos las técnicas modernas. En la vida social no se acepta así como así cualquier palabra extranjera; el tren, el barco, la televisión, las matemáticas y los productos de farmacia —en una palabra, todas las nuevas realidades de la época— encuentran su equivalente inmediato en boca de la mujer africana. En uolof el ferrocarril se llama *saxar*, las matemáticas *uann*, los productos farmacéuticos *garab*, todas palabras sacadas de la misma lengua. Pero para hablar de televisión, de radar o de átomo, el buen sentido funciona aquí tanto como en el Japón, en Alemania o en la India, y así se naturalizan esos nombres nuevos adoptándolos casi tal cual.

El gran problema actual en África es el de la traducción. Hay que traducir todos los textos, tanto los de escuela primaria como los universitarios; sólo así podrá facilitarse la difusión en masa de las ciencias y las técnicas modernas en todo el continente. Traducirlos resulta más fácil, más operante y menos costoso que aprenderlos en otro idioma.

Pero una política o norma lingüística no se sitúa nunca al nivel de la simple voluntad individual. Se puede hablar de su significación, señalar sus exigencias, destacar sus principios; pero la realización corresponde enteramente a los Estados. La alfabetización y la escolarización en los idiomas hablados en cada zona son, en opinión de todos los especialistas, la medida que mejor puede respetar la personalidad y la tradición de un pueblo determinado, y el más eficaz para ponerlo en condiciones de adquirir nuevos conocimientos. Pero el político tiende siempre a ver las cosas en otra forma que el especialista.

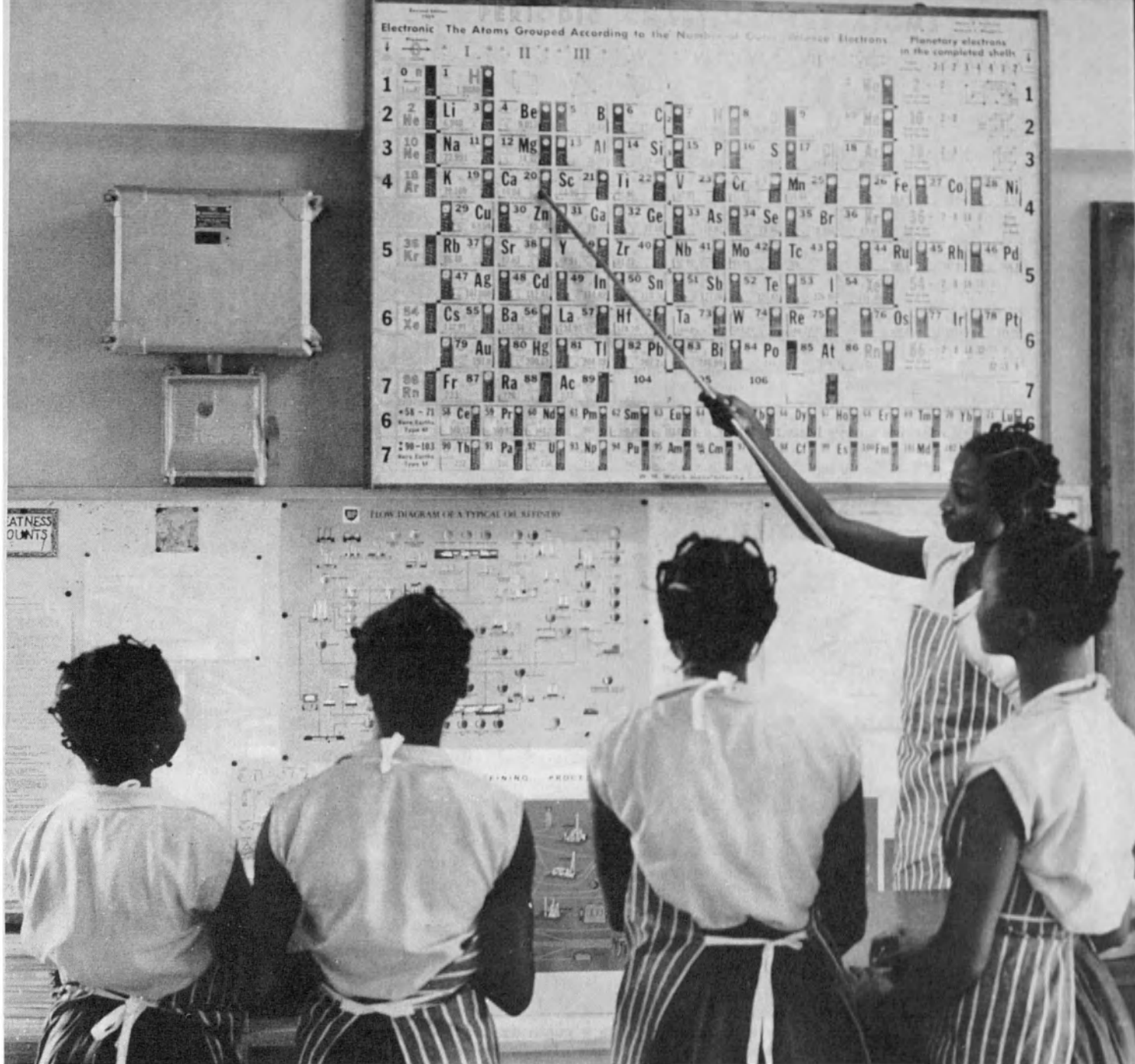
La comprensión de que da muestras en este sentido un número cada vez mayor de Estados es, así y todo, un factor que tiene su importancia. Fuera de los países que tradicionalmente practican un bilingüismo que abarca la lengua local y un idioma europeo, como Nigeria, Ghana, el Congo Kinshasa, Tanzania y Uganda, hay otros como Níger, Guinea y Malí que han indicado su interés por resolver este problema.

El esfuerzo que se dedica al programa decenal de la Unesco, en que de hecho se da la prioridad a las cuestiones lingüísticas africanas, y la importancia que se le concede, demuestran claramente que la Organización sabe todo lo que ellos significan para una política de enseñanza y de desarrollo dentro de cada país.

Quedan por hacer ciertas precisiones en ese terreno al proyectar, de acuerdo con los Estados, programas concretos. Las iniciativas anunciadas en 1966 al Congreso de Bamako, reunido bajo la égida de la Unesco, tienden, por ejemplo, a establecer la unidad de transcripción de determinados idiomas. El gran problema sigue siendo, de todos modos, la creación de un Instituto Africano de Lingüística con sede en África, cuyo papel sería el de proceder a la formación de especialistas competentes y la redacción de manuales escolares en lengua africana.

Al cobrar mayor amplitud y sustancia, la asistencia internacional puede efectuar en este sentido una contribución de primer orden y estimular ese esfuerzo en profundidad que corresponde decidir y realizar a las «élites» africanas, a las figuras políticas responsables y a los pueblos del continente.

En un laboratorio del Queen's College de Lagos un grupo de chicas sigue una lección de ciencia basada en el Mapa Periódico de los Átomos. En los institutos de enseñanza secundaria de África las alumnas componen ahora la cuarta parte de la matrícula, proporción que sigue subiendo a un ritmo inconcebible hace solamente una generación.



Fotos © Paul Almasy

Preparando los científicos del mañana

por N. C. Otieno



NICOLAS C. OTIENO, primer presidente de la Academia de África Oriental, es profesor de micología y fitopatología en el Colegio Universitario de Nairobi (Kenya); miembro del Consejo Académico de este Colegio y miembro del Senado de la Universidad de África Oriental. El profesor Otieno es asimismo vicepresidente del Congreso Internacional de Africanistas y autor de numerosas publicaciones sobre cuestiones de botánica.

La figura central en el drama del desarrollo de África es el hombre de ciencia, y el elemento más importante, en suma, el medio ambiente en que ha de prepararse y perfeccionarse. No se trata de su calidad como especialista ni de su capacidad para discurrir y reflexionar con sentido crítico y constructivo; no se trata tampoco de sus cualidades intelectuales y dotes profesionales o de su habilidad para buscar y descubrir la verdad, aunque todo eso cuenta, como es natural. Se trata en primer lugar de las cantidades en que existe, es decir, del número de especialistas en ciencias que el continente pueda llegar a producir en el espacio de tiempo más breve posible.

Hasta ahora sigue siendo relativa-

mente bajo el número de hombres de ciencia que salen de las universidades africanas, aun si se cuenta entre ellos a los médicos, los ingenieros agrónomos, los ingenieros, los profesores de ciencias y los veterinarios. Por lo que se ve, es mayor el número de los estudiantes que prefieren cursar tres años de estudio, lograr un grado de cultura general y conseguir un lucrativo puesto público; muchos se apartan de la agricultura porque ésta los obligaría a trabajar en localidades que ofrecen menos distracciones que los centros urbanos; otros no adquieran en sus escuelas secundarias (liceos o institutos) una adecuada formación científica y matemática; muchos se sienten poco o nada atraídos por el magisterio como carrera o por la ense-



Foto Tanganyika Information Services

Este conjunto impresionante, cuya construcción está a punto de terminarse cerca de Dar-es-Salaam, es el nuevo Colegio Universitario de Tanzania, a cuyo funcionamiento contribuyen tanto la Unesco como el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. El colegio forma parte de la Universidad de Africa Central, creada en 1963 y cuyo carácter verdaderamente internacional la ha convertido en una institución sin precedentes en Africa, ya que sus tres colegios funcionan en tres países diferentes: Uganda, Kenya y Tanzania. Cada uno de esos tres colegios, instalados respectivamente en Makerere, Nairobi y Dar-es-Salaam, ofrece cursos con los que se puede obtener un título universitario en ciencias, letras o ciencias sociales, título que extiende la Universidad de Africa Central, y tanto las normas de estudio como las de examen son iguales en los tres.

CIENTIFICOS DEL MAÑANA (cont.)

37 universidades recién nacidas

ñanza de ciencias en secundaria, con lo que perpetúan un círculo vicioso cuyo resultado es una verdadera carencia de buenos profesores de ciencias.

Este es un problema que, al parecer, afecta a toda el Africa; las autoridades responsables de la educación en Ghana y en Nigeria, por ejemplo, se hallan seriamente preocupadas porque el número de estudiantes de ciencias es muy inferior al de los que se dedican a otras disciplinas. En el Africa Oriental se ha calculado la necesidad de profesionales en algo más del 50% de todos los estudiantes que lleguen a recibirse entre 1967 y 1970. Así y todo, la inscripción en los cursos de ciencia de esa región es, por lo que corresponde al período 1966-67, de

menos del 30% del total de estudiantes universitarios.

En 1962, los Estados africanos reunidos en Tananarive (Madagascar) para la Conferencia de la Unesco sobre Desarrollo de la Educación Superior en Africa, propusieron que el 60% de la población estudiantil que se calculaba seguirían cursos universitarios en 1980 (unos 274.000 en conjunto) se dedicaran a la ciencia o a la técnica. Se calculó entonces que las 32 instituciones universitarias (1) existentes al realizarse la Conferencia, bastarían para proporcionar a Africa los especialistas que ésta necesitara hasta 1980.

Pero desde 1962, se han abierto CINCO nuevas universidades que, si se vieran dotadas de fondos suficientes, podrían acoger a más estu-

diantes y alterar completamente la cifra total de graduados que se calculaba iban a aportar las universidades africanas para 1980: la Universidad de Lesotho y Botswana, la Universidad de Asmara (Etiopía), la Universidad de Zambia Lusaka (Zambia), la Universidad de Malawi (Malawi), y la Universidad de Njala (Sierra Leona).

Otra propuesta formulada en Tananarive fue la de que las universidades africanas cooperaran en la enseñanza a prestarse en facultades profesionales tan caras como las de medicina, existentes ya en número de 11 en ese año de 1962. Para satisfacer la necesidad urgente de más médicos en el Africa Oriental que los que pudiera producir la facultad de Makerere en Uganda, no sólo se aumentó la ins-

cripción anual de 60 a 80, sino que se decidió igualmente abrir otra Facultad en Nairobi, que a partir de este año preparará a otros 30 médicos. Otra facultad, por último, se ha abierto en Dar-es-Salaam (Tanzania); facultad que está afiliada al University College de dicha población, de manera que a los estudiantes se les otorga un diploma médico de la Universidad de Africa Oriental.

También en la Facultad de Veterinaria de Nairobi, que recibe estudiantes de Burundi y Nigeria, la inscripción ha aumentado de 30 a 60. Se tiene el propósito de abrir dentro del próximo trienio una escuela de silvicultura en Makerere, y una de agronomía en Nairobi. Se ha ampliado asimismo la Facultad de Ingeniería de ésta aumentando su matrícula de 60 a 100 estudiantes. Todas estas ampliaciones se han llevado a cabo no por razones de prestigio, sino porque los países de Africa Oriental necesitan urgentemente esos especialistas para su propio desarrollo.

La rápida expansión educativa en el Africa Oriental ilustra lo que también está sucediendo en otras partes del continente donde, si pudiéramos disponer de estadísticas objetivas, veríamos cuál ha sido el tenor del desarrollo. Sin duda alguna, Ghana y Nigeria están experimentando una expansión mucho más rápida y elevada que las registradas en Africa Oriental.

¿Con qué programas de estudio y en qué clase de ambiente educativo se está formando actualmente ese gran número de hombres de ciencia africanos? La tradición colonial, según

la cual las universidades africanas seguían programas de estudio adaptados a los de las universidades de los amos, tendió a producir hombres de ciencia ajenos totalmente a su propio medio cultural. Pero, proclamada la independencia, las universidades de habla inglesa del Africa Occidental cortaron sus vínculos con la Universidad de Londres e introdujeron un sistema de exámenes escolares africano-occidental que ha venido trabajando con el mayor empeño en la preparación de programas de estudios para escuelas secundarias, así como de métodos de examen adaptados al medio. Esta decisión hizo aumentar el número de estudiantes que pasan de las escuelas a las universidades y suscitó una flexibilidad que ahora les permite preparar para éstas programas de estudio de ciencias basados en un conocimiento íntimo de las condiciones locales.

Una situación semejante se ha dado en el Africa Oriental desde la independencia, y a raíz de ella de Africa Oriental cortó, en 1963, sus relaciones con la Universidad de Londres.

La Universidad de Africa Oriental reforma actualmente programas y cursos científicos para producir graduados con títulos que respondan a las necesidades particulares de la región. Se ofrecen distintas opciones de formación en el programa de «bachiller en ciencias», a fin de preparar a esos profesores y maestros de ciencias que los países necesitan tan desesperadamente. También los Ministerios de Educación conceden más becas a los alumnos que sigan algún curso de educación especializada en este sentido; en el caso de

Kenia, por ejemplo, el 60% de las becas se otorgan a aquellos estudiantes que ligan la enseñanza como materia dentro de su bachillerato de ciencias.

Se han percatado además las autoridades competentes de que para «africanizar» los programas es necesario realizar estudios especiales y producir textos y elementos auxiliares de enseñanza que tengan carácter netamente local. También se están dando pasos—en el Africa Oriental por ejemplo—para fundar Imprentas Universitarias que imprimen y publiquen los libros recomendados como consecuencia de esos estudios.

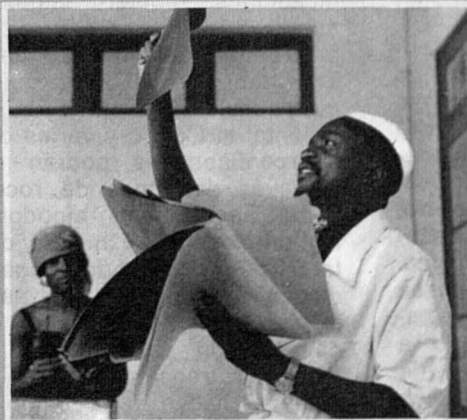
Aunque está reconocido que los métodos científicos fundamentales tienen carácter universal, la forma de aplicar estos métodos a las nuevas publicaciones tienen muy en cuenta los materiales de que se dispone en el Africa Oriental y las necesidades particulares de la región. Por no hablar sino de dos de ellas, ya están muy adelantados los trabajos de preparación de la «Flora de las Tierras Altas de Kenya» y de un «Manual de Fitopatología Tropical» que publicará el University College de Nairobi.

Está reconocido también que sólo los africanos pueden adaptar debidamente los programas de estudio que se sigan a sus propias necesidades y aspiraciones; y tanto la Universidades como los Gobiernos abrigan el propósito de africanizar lo más rápidamente posible su personal de enseñanza. El plan de conferencias especiales financiado por la Fundación Rockefeller es un paso importante para convertir este propósito en realidad.

SIGUE A LA VUELTA



Foto © Paul Almasy, París



13 000 MEDICOS MAS

En los próximos diez años habrá que formar 13.000 médicos nuevos si se quiere que Africa pueda disponer del mínimo de asistencia médica —un doctor por cada 10.000 habitantes, aspiración modesta si las hay. En nueve países (Congo-Kinshasa, Ghana, Costa de Marfil, Madagascar, Nigeria, Ruanda, el Senegal, Tanzania y Uganda) hay ya una Facultad de Medicina. Otras tres están en vías de instalación en el Camerún, en Zambia y en Kenya. A la izquierda, el doctor Essomba, cirujano en jefe del hospital de Yaundé (Camerún), en el curso de una operación. Arriba, el mismo examina una radiografía. A la derecha, sala de incubadoras en la maternidad del hospital de Dakar.



Fotos © Naud, Afrique-Photo

Los gobiernos de Africa Oriental han aceptado además la idea de conceder a estudiantes bien dotados becas de ampliación de estudios que les permitan, luego de recibirse, llevar a cabo investigaciones especiales y pasar así a formar parte del personal docente de la Universidad. En todas estas iniciativas se hace gran hincapié en la ciencia.

En 1965 se inició también (financiada por la Fundación Ford) la formación de técnicos para los laboratorios de los colegios, y se sigue con ella en la esperanza de resolver el serio problema de la escasez de personal auxiliar, lo que hasta ahora ha venido impidiendo a los profesores de ciencias de la Universidad dedicar todas sus energías a las tareas esenciales de la enseñanza y la investigación.

Todas estas ampliaciones han exigido grandes cantidades de dinero para la construcción de laboratorios y residencias destinadas al personal docente y a los alumnos. Por ejemplo, la Universidad de Africa Oriental destinó 3 439 600 libras esterlinas, entre 1964 y 1967, al rubro construcciones. Se cree que dentro del próximo trienio esa suma habrá de elevarse a 6 800 000 libras esterlinas. Parte considerable del dinero ya invertido provenía de fuentes externas.

Fuera de ello se han gastado también sumas importantes en la adquisición de material de laboratorio para enseñanza e investigación. Pero si no se arbitran más fondos, antes de 1970 los tres colegios se enfrentarán con el grave problema de la insuficiencia de espacio en los laboratorios y residencias estudiantiles.

Es evidente que si las tendencias actuales del Africa Oriental son sintomáticas de lo que ocurre en otras partes del continente, está asegurado ya el futuro de la enseñanza de las ciencias y de la formación de especialistas en la materia, de los que tanto depende el desarrollo económico y social de Africa. A las nuevas universidades como las de Zambia, Malawi y Njala —establecimientos que se han lanzado a actuar por su cuenta sin tratar de establecer afiliaciones con institutos extranjeros— se les presenta una magnífica oportunidad de preparar programas de estudio adaptados de una manera única a las características de cada país.

Universidades como la de Dakar, que están en constante comunicación con las universidades francesas, presentan dificultades, por otra parte, para que uno defina sus posibilidades de africanización, tanto por lo que se refiere al personal docente como a los programas de estudio.

Además de las universidades hay

varios institutos de investigación que emplean actualmente un gran número de maestros y profesores extranjeros, pero estos institutos piensan contar a su debido tiempo con personal exclusivamente africano.

La Organización de Agricultura y Silvicultura del Africa Oriental estudia el control del agua y del uso de ésta para las cosechas y cuenta con una sección de estudio de las plantas que está tratando de aumentar la resistencia de los cereales a las plagas y otras enfermedades.

La Organización de Estudios de Veterinaria del Africa Oriental lleva a cabo investigaciones sobre las más graves enfermedades del reino animal, como la peste bovina, contra la cual ha elaborado vacunas de gran eficacia. Estudia también la pleuroneumonía bovina, las enfermedades transmitidas por la garrapata y la fisiología y la genética en los animales. El grupo de estudio de los pesticidas se dedica a la eliminación total del mosquito y la mosca tse-tse, así como a la lucha contra las plagas y enfermedades agrícolas.

El grupo de estudio de la tripanosomiasis está viendo la manera de determinar cómo se transmite la enfermedad del sueño de los animales salvajes al hombre y a los animales domésticos. Hay también un grupo de investigación médica y otro de investigación industrial, y ambos se dedican a estudios de gran importancia para la región. Los especialistas en ciencias que se espera formar en las universidades de Africa Oriental podrán dedicarse a todas esas actividades y muchas otras.

El complejo problema de las comunicaciones requiere ingenieros que estudien la construcción de carreteras en zonas tropicales. La carretera de El Cabo a El Cairo, que está en construcción; la que va del Africa Oriental al Congo y varias otras pistas intercontinentales podrán construirse a través de zonas de roca arcillosa o de negra tierra algodonera, pero las propiedades y modos de comportarse de éstas tendrán que ser estudiados a fondo por los especialistas si se quiere construir carreteras capaces de estimular de verdad el comercio transafricano. De la misma manera, hacen falta ingenieros para la construcción de un adecuado sistema de ferrocarriles.

El gran embalse construido en el Río Volta, en Ghana, está destinado a producir vastas cantidades de electricidad, que a su vez facilitarán la creación de muchas industrias. Para el funcionamiento de éstas Ghana necesitará gran número de especialistas en ciencias y de técnicos. En la actualidad preponderan los venidos de fuera que tienen puestos temporarios. Ghana tendrá que formar rápidamente a sus hombres de cien-

cia si quiere que esta maravillosa obra, así como el puerto de Tema, traiga realmente la mejora esperada en el nivel de vida de sus habitantes.

En la Universidad de Kumasi la Escuela de Farmacia ha realizado notables estudios sobre plantas medicinales, llegando a producir medicamentos de excepción. Un trabajo análogo, aunque de índole diferente, es el que se lleva a cabo en Etiopía, en el Departamento de Biología de la Universidad Haile Selassie, donde los científicos han descubierto unas hierbas naturales capaces de luchar eficazmente con los vectores acuáticos de varias de las peores enfermedades tropicales.

El Instituto de Estudios Africanos de Ibadán se ha dedicado por su parte a recoger información relativa a todas las ramas del conocimiento en Africa, comprendidos los trabajos científicos.

Están también las Academias de Ciencias de Ghana y Africa Oriental, que organizan coloquios y estimulan a sus miembros a que investiguen los múltiples problemas del país. La Academia de Africa Oriental está trabajando con un criterio y una orientación que podrían llevarla a convertirse en Consejo Nacional de Investigaciones y Estudios de Africa Oriental, cuerpo que prestaría asesoramiento a los gobiernos, permitiéndoles formular criterios coordinados de investigación para el progreso general de la región.

Cabe mencionar asimismo al Congreso Internacional de Africanistas, que permite a los hombres de ciencia africanos y a sus colegas extranjeros reunirse cada cuatro años para estudiar documentos y comunicaciones sobre trabajos de investigación llevados a cabo en otras partes del mundo, pero relacionados directamente con Africa.

La última reunión de este Congreso, celebrada en Accra, se dedicó a señalar las deficiencias de los libros de texto empleados en las escuelas y universidades africanas. También dedicó su atención al problema del Desierto del Sahara, que sigue invadiendo tierras en dirección al Ecuador.

Estas tareas, entre muchas otras, son las que el hombre de ciencia africano debe comprender si quiere contribuir al desarrollo económico-social de su continente. Es de esperar que los programas y planes de estudio de escuela y universidades logren producir científicos que estén a la altura de tal misión. A juzgar por lo que estamos viendo, parece que los países africanos se están orientando precisamente en esa dirección.

NICOLAS C. OTIENO

ELEMENTOS PARA UNA BIBLIOGRAFIA AFRICANA

ANTOLOGIAS

En francés:

■ **Anthologie de la littérature négro-africaine : romanciers et auteurs**
Paris, 1963. Ed. Présence africaine, 456 págs.

■ **Anthologie de la nouvelle poésie nègre et malgache de langue française**, por Léopold Sedar Senghor, Prólogo: Jean Paul Sartre. Paris, 1948. Edic. Presses Universitaires de France.

■ **Poètes d'Afrique**, prólogo de Marc Brimond. La Courneuve, Francia, 1956. Edic. de la Académie populaire de littérature et de poésie, 199 págs.

■ **Littérature camerounaise**, editado por Basile Juléat Fuda, Henry de Julliot y Roger Lagrave. Cannes, 1961. Edic. Club du livre camerounais, 175 págs.

En portugués:

■ **Modernos poetas caboverdianos**, editado por Jaime de Figueredo, Praia (Cabo Verde), 1961. Edicoes Henriquinas, 197 págs.

■ **Antologia de Ficção caboverdiana contemporânea**, con prólogo de Manuel Ferreira. Praia, 1960, Edicoes Henriquinas, 430 págs.

NOVELAS Y CUENTOS

En español:

■ **Cuando los combes luchaban**, novela de costumbres de la Guinea

Española, por Leoncio Evita (Río Muni), Madrid, 1953. Edic. Instituto de Estudios Africanos, 101 págs.

En italiano:

■ **Le locuste bianche**
de Chinua Achebe (Nigeria), (trad. de Giuliana del Carlo), Milán, 1962. Edic. Mondadori, 166 págs.

■ **Il re miracolato**
de Mongo Beti, trad. Onella Volta, Milán, 1960. Edic. Feltrinelli, 265 págs.

En portugués:

■ **Os flagelados do vento leste**
de Manuel Lopes (Cabo Verde), Lisboa, 1960. Edic. Uliisseia, 266 págs.

En francés:

■ **Ville cruelle**
de Mongo Beti, que la publicó con el seudónimo de Eza Boto. Paris, 1954. Editions Africaines, 219 págs.

■ **Légendes africaines**
de Bernard Dadié (Costa de Marfil), prólogo de Aliune Diop. Paris, 1954. Seghers, 124 págs.

■ **Un nègre à Paris**, del mismo autor, Paris, 1959. Edic. Présence africaine, 217 págs.

POESIA

En portugués:

■ **Linha de horizonte**
de Aguinaldo Fonseca (Cabo Verde), Lisboa, 1951. Edic. Gráfica Modelo, 67 págs.

■ **Caminhada**

de Ovidio de Sousa Martins (Cabo Verde), Lisboa, 1962. Edicao de Casa dos Estudantes do Império, 80 págs.

■ **Hora grande**

de Onésimo Silveira (Cabo Verde), Nova Lisboa (Angola), 1962. Edic. Publicacoes Bailundo, 46 págs.

En francés:

■ **Chants d'ombre**
seguido de **Hosties noires** de Léopold Sedar Senghor, Paris, 1956. Editions du Seuil, 152 págs.

■ **Leurres et lueurs**
por Birago Diop (Senegal), Paris, 1960. Edic. Présence africaine, 86 págs.

■ **Coups de pilon**
por David Diop (Senegal), Paris, 1961. Edic. Présence africaine, 40 págs.

■ **Poèmes africains**
por Keita Fodeba (Guinea), Paris, 1950. Edic. Seghers, 47 págs.

ALGUNAS PUBLICACIONES DE LA UNESCO

En francés:

■ **Nomades et nomadisme au Sahara**, Paris, 1963. 195 págs.

■ **Les aspects financiers de l'enseignement dans les pays africains d'expression française**
(preparado conjuntamente con el Instituto Internacional de Planificación de la Educación), Paris, 1966. 76 págs.

CONTINENTE EN MUTACION *(viene de la pág. 8)*

tantes son el de la rivalidad entre ciudad y campo y, en otro orden de ideas, el de cierto conflicto de generaciones que amenaza con producirse entre una masa todavía inmensamente desproporcionada y su minoría rectora, y un cierto despegue de esta minoría que, al no ver su suerte ligada como está al desarrollo general de la generación que la respalda, corre el riesgo de distanciarse de ésta. Dentro de esa generación hay igualmente cierto conflicto de cultura instigado por el hecho de que los que se hacen cargo de las mayores responsabilidades no son precisamente los alumnos de las Universidades. Al lado de esos grupos dirigentes se constituyen actualmente las estructuras profesionales y burocráticas que exigen gente formada en el espíritu de la ciencia y la cultura moderna y que por eso

mismo no podrá ver nunca las cosas como las ven sus predecesores.

La responsabilidad es recíproca y se divide entre los jóvenes, que deben sopesarla y saber en qué consiste, y los mayores, que no deben cerrar el paso a esa juventud. Para que la nueva generación sepa lo que es una responsabilidad, hay que dársela. Por esto, el problema de la formación de personal idóneo es quizá el número uno entre los que Africa debe abordar; porque en el sentido moderno de la palabra, no hay desarrollo político, económico y cultural posible si no se cuenta con personal burocrático, técnico y profesional para llevarlo a cabo, hecho del que se tiene conciencia clara en todas partes.

A veces, cuando se va demasiado de prisa, se producen rivalidades

entre los Estados, cada uno de los cuales quiere tener su Universidad o su centro de formación superior, aunque no cuenten ni con los medios ni con la infraestructura social y cultural necesaria para ello. A mi juicio esto es un defecto, pero un defecto feliz, ya que denota la gran preocupación de todos estos países africanos por formar, lo más rápidamente posible, un personal superior competente y capaz, empresa para la que se necesita tener gran sentido cívico.

En este cuadro tan precipitadamente esbozado, ¿cuáles son las corrientes regulares y cuáles los accidentes susceptibles de control o pasibles de juicio? Si hay juicio, éste tendrá que ser indulgente y reflejar confianza en lo ya realizado hasta la fecha.

GABRIEL D'ARBOUSSIER

Los lectores nos escriben

EN PRO Y EN CONTRA DEL NUMERO SOBRE EL "APARTHEID"

Leí con un gran interés ese número, tanto más cuanto que la variedad de artículos y autores nos permiten comprendernos de un mal social interno como éste. Gracias a todos esos testimonios hemos podido darnos cuenta muy aproximadamente de la influencia que esa política sistemática de separación de las razas tiene sobre la forma de pensar y expresarse, sobre el trabajo y sobre la religión. Tomamos debida nota de su influencia sobre la cultura en general. Es innegable que dicha política va totalmente en contra del principio del respeto a la persona humana, principio que quiere que todos los hombres tengan un derecho legítimo a la instrucción.

Sólo me queda decir muy sinceramente que hago mío el Ideal de la Unesco, en cuyo alto valor humanitario creo firmemente.

**Michel Vial,
Grenoble, Francia.**

Me permito agradecerles el haber elegido el apartheid como tema del «Correo de la Unesco» para el mes de marzo. El apartheid es un hecho importante de nuestro siglo XX: uno de los más deprimentes por cierto. Pienso que «El Correo de la Unesco» tiene el deber de informar también a sus lectores sobre la situación dolorosa en que se ven ciertos países, ya sea a causa de su subdesarrollo o de la opresión que otro país ejerce sobre ellos.

**G. Perra,
Lyon.**

Luego de leer el número de marzo, que dedican Vds. al apartheid, no puedo menos de expresarles mi indignación por las tesis que exponen y los alegatos de bandería que allí hacen. Para Vds. está claro que todas las expoliaciones y masacres de blancos en África no tienen ninguna importancia; pero el que haya víctimas negras como consecuencia de un disturbio merece destacarse con todas las de la ley, guardándose bien al mismo tiempo de precisar las circunstancias en que el hecho se haya producido. Evidentemente, sería mejor que Sudáfrica siguiera los pasos del Congo...

Negarse a dar educación universitaria a los negros es un crimen. Pero Vds. se olvidan de decir cuál es el porcentaje de analfabetos, tanto en Sudáfrica como en Rhodesia, con relación a muchos países de Europa.

La salida de los blancos de todos los países de África señala una regresión del nivel de vida y de civilización que tenían, y con ella la vuelta a la tribu, al salvajismo y a la acción arbitraria.

Han querido la libertad y la tienen; ahora, que sufran las consecuencias. Pero si tienen que mendigar su sub-

sistencia, que no se atrevan a acusar a los que los han sacado de la nada; que respeten a quienes han tenido la bondad de ayudarlos descuidando al mismo tiempo, por eso mismo, los intereses de sus propios compatriotas.

Vista esta actitud de Vds., sirvanse tomar nota de que cancelo mi suscripción a esa revista.

**J. Gruault,
Paris.**

El tema del número de marzo pasado —apartheid— parece haber sido tratado en forma polémica por una publicación de una Organización sostenida por fondos internacionales y oficiales, organización que por eso mismo debía ser apolítica y evitar toda cosa que agite el prejuicio partidario o racial.

Sobre la situación en Sudáfrica baste decir que si las cosas fueran tan mal en ese país, no habría una inmigración de blancos y negros tan grande como la que hay. El apartheid —desarrollo por separado— permite que los que no estén muy bien preparados o dotados encuentren la oportunidad de prepararse o de trabajar en cosas que pueden hacer bien, en vez de competir en terrenos dentro de los cuales se hallan en desventaja, aunque la culpa no sea de ellos.

Sudáfrica, uno de los países más prósperos y estables del mundo moderno, les ofrece esta oportunidad, cosa que en el África Central se niega a los ciudadanos de muchos otros países.

El número de marzo de «El Correo de la Unesco» parece constituir una crítica y una provocación capaz de crear animosidad y discordia. Actitudes como ésta son deplorables, particularmente en una publicación de un organismo supranacional, como es la Unesco. ¿Puedo permitirme sugerir que «El Correo de la Unesco» se limita a los temas del progreso cultural y social?

**Elizabeth de Bourbel,
Londres.**

Permitanme hacerles llegar mis felicitaciones por la claridad y la firmeza con las cuales, sin apartarse nunca de la objetividad científica, los colaboradores de «El Correo de la Unesco» han podido resumir en el número de marzo una situación que el público conoce, por regla general, de una manera muy incompleta.

**Raymond van der Elst,
Profesor de Derecho Internacional
Privado,
Bruselas.**

OMISION CORREGIDA

He leído con tanto placer como agradecimiento las bellísimas páginas dedicadas en el número de abril al Corpus Vitrearum Medii Aevi. Agradecimiento, en primer lugar, por todo el espacio que han dedicado a dicha empresa. Pero ¿puedo permitirme expresar cuánto lamento una omisión en ese

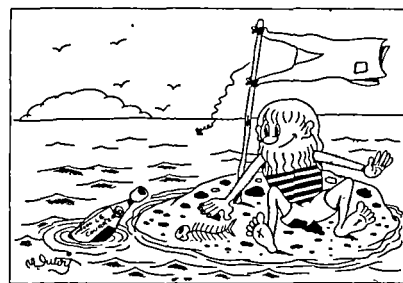
sentido: la de que no se hable en ninguna parte del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas? El Consejo es, en efecto, la institución que ha prestado todo su apoyo administrativo y consejo científico a la empresa, sirviendo de lazo de unión entre la Unesco y los realizadores de la obra. Pese a ese detalle, no estoy por ello menos satisfecho con esas páginas en las que se rinde un hermoso homenaje al trabajo de todos ellos.

**Jean d'Ormesson,
Secretario general adjunto,
Consejo Internacional de Filosofía
y Ciencias Humanas,
Paris.**

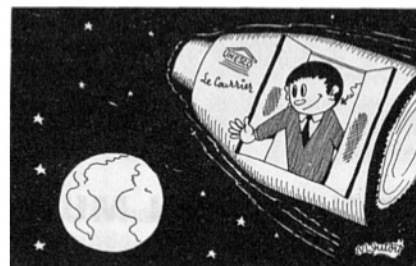
UN SIMPATICO HOMENAJE

Como fiel lector de «El Correo de la Unesco» he querido expresarles mi agradecimiento por la satisfacción que me procura esa revista enviándoles esas dos pruebas de mi actividad de dibujante humorístico.

**Maurice Dutoit,
Mulhouse, Francia.**



¡Aleluya! ¡Llegó «El Correo»!

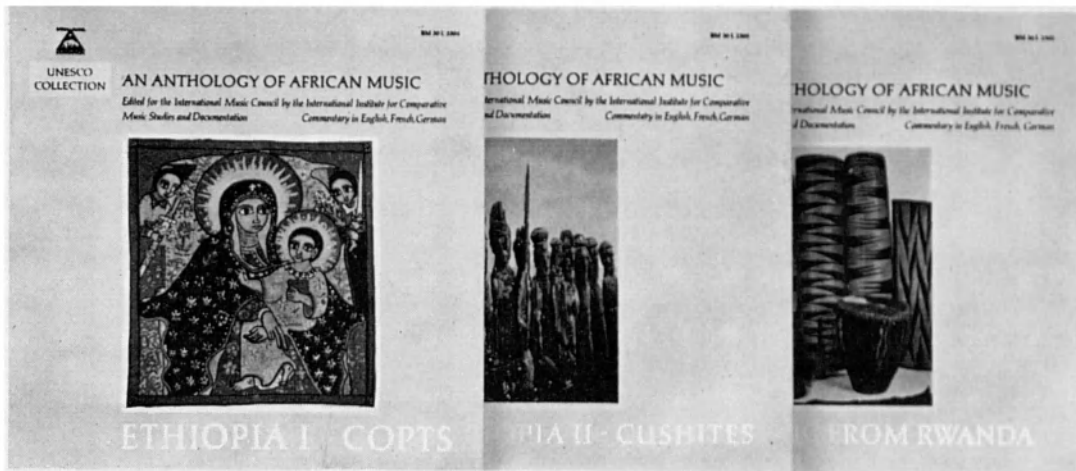


¡«El Correo de la Unesco», una ventana abierta al mundo!

EXPLICABLE SORPRESA

Quisiera manifestarles la sorpresa que he tenido al decirseme que el artículo de esa revista dedicado al Año del Turismo Internacional (número de diciembre de 1966) contenía varias consideraciones muy pertinentes sobre los medios de transporte al servicio del turismo, pero parecía dejar de lado por completo el importantísimo papel que el ferrocarril desempeña en ese sentido.

**Louis Armand,
Secretario General,
Unión Internacional de Ferrocarriles,
Paris.**



Nueva Colección Unesco de Discos

UNA ANTOLOGIA DE MUSICA AFRICANA

Por encargo del Consejo Internacional de Música, el Instituto Internacional de Estudios Comparados y Documentación sobre Música ha seleccionado las obras de esta antología con la colaboración del Museo Real de Tervuren. Compilador: Paul Collaer.

La serie de cinco discos de la Antología ofrece los siguientes ejemplos de música tradicional del continente africano:

MUSICA DE LOS DAN (BM 30 L 2301)

MUSICA DE RUANDA (BM 30 L 2302)

MUSICA DE LOS PIGMEOS BA-BENZELE (BM 30 L 2303)

ETIOPIA I: Música de la Iglesia Copta (BM 30 L 2304)

ETIOPIA II: Música de los Pueblos Cushitas (BM 30 L 2305)

Cada uno de estos discos (de 33 cm. y en microsurdos) viene acompañado de notas explicativas en inglés, francés y alemán, profusamente ilustradas.

Los discos pueden pedirse por intermedio del proveedor habitual que se tenga o directamente al editor: Bärenreiter Musikverlag, Kassel, República Federal de Alemania. El precio de cada disco es de 38,55 francos franceses o de unos 6 dólares norteamericanos.

PARA RENOVAR SU SUSCRIPCION y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país, y los precios señalados después de las direcciones de los agentes corresponden a una suscripción anual a «EL CORREO DE LA UNESCO».

★

ANTILLAS NEERLANDESAS. C.G.T. van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V. Willemstad, Curaçao, N.A. Fl. 4.50. — ARGENTINA. Editorial Sudamericana, S.A., Humberto 1 No. 545, Buenos Aires. (Ps. 900). — ALEMANIA. Todas las publicaciones: R. Oldenburg Verlag, Rosenheimerstr. 145, Munich 8. Para «UNESCO KURIER» (edición alemana) únicamente: Vertrieb Bahrenfelder-Chaussee 160, Hamburg-Bahrenfeld, C.C.P. 276650. (DM 10) — BOLIVIA. Librería Universitaria, Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca, Apartado 212, Sucre. — BRASIL. Livraria de la Fundação Getulio Vargas, 186, Praia de Botafogo, Caixa postal 4081-LC-05, Rio de Janeiro. — COLOMBIA. Librería Buchholz Galería, Avenida Jiménez de Quesada 8-40, Bogotá; Ediciones Tercer Mundo, Apto. aéreo 4817, Bogotá;

Distrilibros Ltda., Pío Alfonso García, Carrera 4a 36-119, Cartagena; J. Germán Rodríguez N., Oficina 201, Edificio Banco de Bogotá, Girardot, Cundinamarca; Librería Universitaria, Universidad Pedagógica de Colombia, Tunja. — COSTA RICA. Todas las publicaciones: Librería Trejos S.A., Apartado 1313, Teléf. 2285 y 3200 San José. Para «El Correo»: Carlos Valerín Sáenz & Co. Ltda., «El Palacio de las Revistas», Apto. 1924, San José. — CUBA. Cubartimpex, Simón Bolívar, 1, Palacio Aldama Building (Apartado 1764), La Habana. — CHILE. Todas las publicaciones: Editorial Universitaria, S.A., Avenida B. O'Higgins 1058, Casilla 10 220, Santiago. «El Correo» únicamente: Comisión Nacional de la Unesco, Mac Iver 764, Depto. 63, Santiago. — ECUADOR. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, Casilla de correo 3542, Guayaquil. — EL SALVADOR. Librería Cultural Salvadoreña, S.A., Edificio San Martín, 6a. Calle Oriente N° 118, San Salvador. — ESPAÑA. Todas las publicaciones: Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli 4, Madrid 14. «El Correo» únicamente: Ediciones Ibero-americanas, S.A., Calle de Oñate, 15, Madrid. Sub-agente «El Correo»: Ediciones Liber, Apto. 17, Ondárroa (Vizcaya). Ps. 130. — ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA. Unesco Publications Center, 317 East 34th St., Nueva York N.Y. 10016 (5 dólares). — FILIPINAS. The Modern Book Co., 508 Rizal Ave. P. O. Box 632, Manila. — FRANCIA. Librairie de l'Unesco, Place de Fontenoy, Paris, 7°. C.C.P. Paris 12.

598-48 (10 F). — GUATEMALA. Comisión Nacional de la Unesco, 6a Calle 9-27, Zona 1, Guatemala. (Q. 1,75) — HONDURAS. Librería Cultural, Apartado postal 568 Tegucigalpa, D.C. — JAMAICA. Sangster's Book Room 91 Harbour St., Kingston. — MARRUECOS. Librairie «Aux belles Images», 281, Avenue Mohammed V, Rabat. «El Correo de la Unesco» para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabidine, Rabat (CCP 324-45) — MEXICO. Editorial Hermes, Ignacio Mariscal 41, México D.F. (Ps. 26). — MOZAMBIQUE. Salema & Carvalho, Ltda., Caixa Postal 192, Beira. — NICARAGUA. Librería Cultural Nicaragüense, Calle 15 de Setiembre y Avenida Bolívar Apartado N° 807, Managua. — PARAGUAY. Agencia de Librerías Nizza S.A., Estrella No. 721, Asunción. (GS. 310) — PERU. Distribuidora Inca S. A. Emilio Alchaut 470, Apartado 3115 Lima. (Soles 72) — PORTUGAL. Dias & Andrade Lda. Livraria Portugal, Rua do Carmo 70, Lisboa. — PUERTO RICO. Spanish-English Publications, Calle Eleanor Roosevelt 115, Apartado 1912, Hato Rey. — REINO UNIDO. H.M. Stationery Office, P.O. Box 569, Londres, S.E.1. (15/-). — REPUBLICA DOMINICANA. Librería Dominicana, Mercedes 49, Apartado de Correos 656, Santo Domingo. — URUGUAY. Editorial Losada Uruguay S.A., Colonia 1060, Teléf. 875 71, Montevideo. — VENEZUELA. Distribuidora Venezolana de Publicaciones (DIPUVEN), Avenida del Libertador, Quinta Dipuven, Urbanización Los Caobos, Apartado de Correos 10440, Caracas.

EN KENYA, LAS LUCES DE NAIROBI

Foto © Hoa-Qui, París

